

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimientismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 31
Enero-febrero 2024

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

A la depresión prolongada de la lucha de clases del proletariado, no se responde con nuevas formas de democracia, sino con la defensa tenaz de la perspectiva revolucionaria

La gran dificultad del proletariado para recuperar el terreno de la lucha de clases descansa en poderosos hechos materiales que han debilitado su fuerza y su voluntad de luchar por el futuro y no sólo por el presente.

Los que conocen un poco la historia de la Izquierda Comunista de Italia y la historia de nuestro partido saben que uno de los factores que contribuyeron a la derrota del movimiento revolucionario en los años veinte fue esa desastrosa oleada oportunista que en la historia del movimiento obrero internacional tomó el nombre de estalinismo. El estalinismo aglutinó las formas de oportunismo reformista y socialdemócrata de anteriores desviaciones teóricas y políticas añadiendo un ingrediente que hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial Imperialista no había sido utilizado por ninguna fuerza oportunista: la lucha armada o, mejor dicho, la lucha partisana para defender la democracia contra el fascismo y cualquier régimen

abiertamente dictatorial. La victoria del estalinismo sobre el bolchevismo leninista original no fue fácil. Tuvo que hacer picadillo la teoría revolucionaria marxista – que veía en el bolchevismo de Lenin su máxima expresión teórica y práctica, demostrada ante la guerra imperialista, en la conducción de la revolución proletaria en Rusia y en la fundación de la Internacional Comunista y a la vieja guardia bolchevique; su objetivo era enterrar todo eslabón, toda tradición, todo recuerdo de la magnífica lucha revolucionaria de alcance internacional, incluso antes que rusa, que tuvo como principal protagonista al proletariado ruso y a su partido de clase, para doblegar el movimiento revolucionario original ruso a las únicas exigencias históricas del desarrollo capitalista en Rusia y al movimiento proletario internacional para apoyar esas exigencias *contra* los objetivos internacionalistas que siempre habían caracterizado al movimiento comunista.

La lucha revolucionaria que el Partido Comunista que, bajo la dirección de Lenin, tenía como objetivo declarado la revolución proletaria internacional, a cuya preparación y victoria estaban subordinadas las fuerzas revolucionarias de Rusia, fue desviada por el estalinismo de sus objetivos no sólo económicos –cuya necesidad histórica ya había sido subrayada por Lenin con la NEP, sólo para poder esperar a la revolución en Europa–, sino sobre todo políticos. La revolución *nacional*, históricamente necesaria dado el atraso económico y social de la Rusia de entonces, tenía prioridad sobre la revolución *internacional* que tardaba en madurar. Hechos materiales, estos, totalmente explicables para los marxistas, pero el golpe de gracia al movimiento revolucionario internacional lo dio la política que mistificó las razones de Estado rusas como razones indispensables para la lucha proletaria en el mundo. La teoría de la «construcción del socialismo en un solo país» fue la coronación de la completa distorsión del marxismo como teoría de la revolución mundial del proletariado y de la degeneración

(*sigue en pág. 2*)

Guerra en Palestina: juego imperialista y perspectiva proletaria

El espectacular y sangriento ataque de los combatientes de Hamás, con la masacre de cientos de civiles y la captura de cientos de rehenes israelíes y la terrible respuesta del Estado judío están sacudiendo todo Oriente Próximo.

Golpeado duramente en su aura de invulnerabilidad, Israel quiere demostrar a los Estados de la región, con el consentimiento de los imperialismos occidentales, que no se le puede desafiar impunemente.

La primera víctima es la población de Gaza, sometida a bombardeos masivos y a un bloqueo destinado a privarla de alimentos, agua, electricidad

y productos de primera necesidad (en palabras del Ministro de Defensa israelí) y empujada a abandonar el norte del territorio: miles de muertos y heridos, decenas de miles de personas sin hogar, cientos de miles de desplazados; pero también la población de los territorios ocupados de Cisjordania es víctima de la violencia del ejército israelí y de los colonos que expulsan a los palestinos de sus pueblos, causando decenas de muertos.

Dejando a un lado el sueño de los partidos colonialistas de extrema derecha (todavía representados en el go-

(*sigue en pág. 3*)

EN EL INTERIOR

- Algunos puntos críticos sobre la cuestión palestina
- *El Comunista* nueva edición nos habla sobre Palestina
- El antisemitismo es parte de la ideología burguesa
- Argentina: la victoria de Milei sólo garantiza la continuidad de la miseria y el aumento de la represión para los proletarios.
- Movilización el 20 de diciembre en Argentina
- 24 de enero, huelga general en Argentina
- ¿Retornará la lucha proletaria?

A la depresión ...

(viene de la pág. 1)

ración irreparable del movimiento comunista internacional.

Del abismo en el que se había sumido el movimiento comunista y proletario a nivel mundial, sólo se podía resurgir retomando el trabajo de restauración teórica del marxismo -sobre la vía de lo que ya había hecho Lenin en los primeros veinte años del siglo pasado-, volviendo a conectar con la experiencia histórica del movimiento comunista internacional en el que emergió con gran fuerza la corriente de la Izquierda Comunista de Italia. Esta corriente, a la que estamos estrechamente vinculados -a diferencia del trotskismo, el bujarinismo, el luxemburguismo, el ordinovismo, el tribunismo holandés y todas las demás minicorrientes que se opusieron al estalinismo- había basado su actividad en los firmes cimientos de la lucha contra la democracia, el nacionalismo, el chovinismo, el anarquismo, el sindicalismo y el obrerismo de la misma manera que Lenin, pero con una diferencia: su lucha tenía como telón de fondo la sociedad burguesa avanzada, un régimen democrático establecido desde hacía mucho tiempo y un arraigado reformismo socialista y, en su caso, «maximalista», que en Rusia objetivamente no había tenido tiempo de arraigar como en Europa Occidental.

Es sobre esta tradición marxista sobre la que la corriente Izquierda Comunista de Italia fue capaz de dejar a los militantes comunistas revolucionarios que sobrevivieron al tsunami estalinista un surco profundo sobre el que volver a hacer crecer el movimiento revolucionario.

Hemos mencionado la lucha contra la democracia como una de las principales características de nuestra corriente. Los acontecimientos ligados a la victoria del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania, el encuadramiento del proletariado mundial en la segunda guerra imperialista mundial en defensa de la democracia contra el nazi-fascismo, y la implicación del proletariado en la reconstrucción de posguerra y el crecimiento económico de cada capitalismo nacional, en nombre de una civilización que ha encontrado en la democracia su más alta representación, nos hacen darnos cuenta de la profundidad del abismo en el que se ha encontrado y se encuentra el proletariado mundial.

También hemos dicho que las potencias democráticas occidentales derrotaron efectivamente al fascismo en el terreno militar, pero el fascismo ganó en el plano político y económico. El fascismo

representó mejor que nadie el desarrollo capitalista en su forma imperialista (concentración capitalista, supremacía del capital financiero, creciente opresión de las naciones débiles) y legó a los regímenes democráticos su mejor política para captar el apoyo del proletariado: institucionalizar la colaboración entre clases.

Porque, ¿qué es la democracia imperialista sino la máxima expresión de la concentración capitalista, de la supremacía del capital financiero y de la política de colaboración entre las clases? La Izquierda Comunista de Italia lo había visto bien, había utilizado consecuentemente el marxismo para una evaluación exacta de la situación histórica, antes y después del fascismo, antes y después de la revolución proletaria y comunista contra la burguesía dominante, que estaba en grave peligro, que veía en el fascismo el instrumento que podía dar el golpe de gracia al movimiento revolucionario del proletariado después de haber sido debilitado, desviado, saboteado, por las fuerzas oportunistas de la socialdemocracia reformista y por un maximalismo socialista «revolucionario» de palabra, pero que de hecho saboteaba la verdadera lucha revolucionaria.

Las lecciones que nuestro partido ha aprendido de las revoluciones y, sobre todo, de las contrarrevoluciones, nos han dicho y nos dicen que el camino para la reanudación de la lucha de clase del proletariado es mucho más impracticable que en los años veinte, pero que no se facilita abandonando los dictados teóricos y programáticos del marxismo, innovándolos, con la idea de que, a partir de la victoria burguesa, los comunistas deben retomar las armas políticas que la burguesía utilizó para ganar, sus programas sociales y económicos, ajustándolos en favor de las necesidades vitales de las masas trabajadoras con la expectativa de poder proponerles el salto cualitativo revolucionario del capitalismo al socialismo. En esencia, se trataría de utilizar la democracia, las instituciones democráticas para que las masas trabajadoras tomen conciencia no sólo de su fuerza potencial -«son las masas trabajadoras las que sostienen el país», como gritan los sindicalistas colaboracionistas-, sino también de su capacidad para «gestionar» el país, su economía, sus instituciones, su gobierno.

Esto no es nada nuevo: al reformismo socialista hay que darle lo que es del reformismo socialista, es decir, la política de los pequeños pasos, de la conquista gradual de objetivos parciales, locales, mínimos, con el fin de ‘en-

trenarse’ para gobernar, para dirigir empresas, para familiarizarse con el ‘poder político’. Pero el reformismo socialista ha traicionado la lucha proletaria, ha abrazado la causa de la burguesía dominante tanto en términos de «crecimiento económico» -es decir, de aumento de la explotación de la fuerza de trabajo de la clase obrera- como en términos de guerra comercial y de guerra a la que conducen inevitablemente los enfrentamientos interburgueses, como ha demostrado la historia de la sociedad burguesa desde hace doscientos años.

En la línea de la tradición proletaria y comunista, rechazamos cualquier programa, cualquier planteamiento, cualquier iniciativa, cualquier actividad que haga referencia a la democracia. Ésta es cada vez más un cadáver andante, un peso colosal sobre los hombros del proletariado; es una sustancia tóxica que debilita y envilece no sólo la lucha política del mañana, sino también la lucha proletaria de defensa inmediata. En realidad, la colaboración de clases es la política que prepara y acostumbra a los proletarios a pensar como la burguesía, a hacer lo necesario para defender los intereses burgueses, a desplegar su fuerza social para que la burguesía dominante siga dominando, siga explotando el trabajo asalariado, siga sumiendo a millones de seres humanos en la marginación y la pobreza absoluta, siga transformando al proletariado de carne para alimentar la maquinaria de la industria en carne de cañón para ser utilizada en guerras que nada pueden «resolver» a favor de las masas trabajadoras.

La propaganda burguesa sigue afirmando que el desarrollo progresivo y sin sobresaltos del capitalismo está garantizado por la cohesión nacional, por la colaboración de todas las capas sociales que participan en el bienestar económico y social de todos haciendo «cada uno lo que le corresponde», es decir, que el capitalista invierte su capital y dirige sus empresas de forma productiva y competitiva, que el proletario ponga a disposición su fuerza de trabajo a cambio de un salario que le permita vivir dignamente, que el parlamentario utilice su capacidad de diálogo con todos los demás parlamentarios para llegar a acuerdos útiles para «todos los ciudadanos», que el policía se ciña a la defensa del orden establecido y se oponga a todo lo ilegal, que el juez utilice las leyes con sentido común, etc., etc. En definitiva, que las cosas avancen sobre la misma base sobre la que lo han hecho hasta ahora, sólo que con la voluntad de limar las aristas, de estar menos apegados al interés propio, de ser más colaborativos, más participativos, pensando también en los ‘desafortunados’, en los más desfa-

Guerra en Palestina

(viene de la pág. 1)

bierno) de anexionarse Cisjordania y expulsar a todos los palestinos, lo cierto es que el clima político en Israel es aprovechar la guerra para resolver, aunque no definitivamente, el «problema» palestino (es decir, cualquier resistencia a la colonización), al menos para golpear duramente a los palestinos de Gaza y Cisjordania, a Hezbolá en Líbano, e incluso a Irán, que financia y arma a las distintas milicias del llamado «eje de resistencia islámica». Parece que, según la prensa internacional, esta última posibilidad ha quedado descartada, pero la respuesta de Israel tendrá importantes consecuencias regionales. Según algunas declaraciones de funcionarios israelíes, uno de los objetivos de esta respuesta, además de destruir las instituciones y estructuras «gubernamentales» de Hamás, sería reducir la Franja de Gaza hasta formar una «zona tampón», una «tierra de nadie», lo que supondría el desplazamiento de cerca de un millón de habitantes a Egipto.

Pero el gobierno de El Cairo se opone rotundamente a esa afluencia de refugiados a su territorio, no sólo por los problemas económicos que causaría en la situación de crisis que atraviesa el país, sino también por los riesgos políticos y sociales que plantea una masa de población maltratada y ansiosa de venganza contra Israel. Por eso (de acuerdo con las autoridades israelíes) se ha negado hasta ahora a

dejar salir a nadie de Gaza por el paso fronterizo que controla, mientras que finalmente se ha permitido la entrada de algunos camiones de ayuda humanitaria.

Los demás Estados de la región temen que una respuesta israelí demasiado prolongada y sangrienta provoque reacciones incontrolables entre sus poblaciones. Por el momento, las manifestaciones masivas que han tenido lugar en estos países han servido para desviar el descontento social, pero el ejemplo egipcio suena a advertencia; por primera vez desde el golpe de Estado, el gobierno de Al Sisi no sólo había autorizado una jornada de manifestación en apoyo a los palestinos, sino que incluso la había organizado: muchos manifestantes aprovecharon la ocasión para condenar al régimen.

La puesta en juego imperialista

Los imperialismos occidentales han apoyado, y siguen apoyando, sin vacilar, el bombardeo israelí de Gaza, que, en el momento de escribir estas líneas, se ha cobrado más de 7.000 vidas, en su mayoría civiles (1). En cuanto Hamás atacó, Estados Unidos envió armas y municiones al ejército israelí, seguidas de una flotilla de guerra masiva con dos portaaviones (que ya han bombardeado elementos «proiraníes» en Siria). También enviaron militares de alto rango, con experiencia en guerra urbana en Irak, para asesorar a sus homólogos israelíes, etc.

Los líderes europeos, a su vez, se apresuraron a viajar a Israel para ga-

rantizar al Estado judío su apoyo indefectible. El presidente francés Macron hizo lo mismo; pero también quiso viajar a Cisjordania para apoyar a Mahmud Abás, el presidente de una «Autoridad Palestina» completamente desacreditada por su corrupción y sus compromisos con Israel, para tratar de resucitar la perspectiva de la creación de un miniestado palestino, y para fingir que exigía el respeto del «derecho internacional». El hecho de que Francia nunca haya denunciado las flagrantes violaciones de este «derecho» y los «crímenes de guerra» cometidos por Israel demuestra el valor de estos gestos diplomáticos y, más en general, de toda esta palabrería: **el derecho internacional no es en realidad más que la ley del más fuerte.**

Y si todavía se tienen dudas al respecto, baste recordar que en materia de crímenes de guerra Francia tiene un historial sangriento, sobre todo durante las guerras coloniales y poscoloniales, de Vietnam a Camerún, de Argelia a Ruanda, etc., como para hacer palidecer las atrocidades de hoy. Y las «condolencias» que Macron presentó a Abbas por las víctimas palestinas, después de aprobar las represalias militares israelíes, son particularmente repugnantes.... Y no menos repugnante es la posición del gobierno italiano que, mientras apoya a ultranza el 'derecho' de Israel a 'defenderse' de los ataques sufridos, invoca contra la población civil palestina un 'derecho internacional' que ningún Estado bur-

(sigue en pág. 4)

A la depresión ...

(viene de la pág. 2)

vorecidos.... Hoy en día, incluso la Iglesia de Roma levanta la voz contra las desigualdades, las disparidades, la pobreza absoluta, la guerra.

Así, los proletarios de hoy viven en unas condiciones sociales y laborales que aceptan como algo que no puede cambiar salvo por la buena voluntad de los patrones, de los poderosos, o de un Estado que por una vez sirviera a los intereses de los trabajadores y no sólo de los empresarios. Los proletarios viven la desigualdad social como un hecho que ha sucedido y que sólo puede mitigarse si los gobernantes, los administradores del poder nacional y local, hacen algo al respecto. Viven con la ilusión de que se pueden utilizar los instrumentos políticos y partidistas de la democracia para cambiar este estado de cosas; pero también viven con las cons-

tantes decepciones en cada elección, en cada gobierno que se forma, en cada fábrica que cierra, en cada carta de despido que llega quizás por correo electrónico, en cada huelga que no termina en nada. Evidentemente aún no se ha tocado fondo. Los proletarios siguen confiando en la democracia.

Como partido marxista sabemos que no es la voluntad de individuos o grupos la que puede cambiar la situación; menos aún aplicada al sistema democrático donde se supone que el pensamiento de una mayoría es sagrado, pero sabemos por demostración histórica que la mayoría siempre piensa como quiere el poder burgués. El verdadero problema del «cambio» radica en las insostenibles condiciones materiales en las que están y estarán sumidos los proletarios, porque la fuerza de las contradicciones sociales del capitalismo es decisiva sobre la «voluntad» de cualquier gobierno. Entonces los proletarios se verán empujados al terreno de la lucha sin cuar-

tel por su propia supervivencia y podrán reconocer en este terreno quién está de su lado y quién en contra.

El partido de clase que no se desvía de la perspectiva y el programa de la revolución proletaria debe prepararse para esa situación, porque sabe que cuando surja el proletariado no podrá esperar a que el partido de clase se forme y lo dirija: deberá existir previamente y ser influyente.

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

Guerra en Palestina

(viene de la pág. 3)

gués ha respetado jamás: basta pensar en el «derecho internacional» de la población migrante que huye de la guerra y la miseria por tierra y mar y que, si no muere en su intento de llegar a los países de la civilizada Italia y Europa, es encerrada en campos de concentración o devuelta a los países de los que partió...

La guerra actual en Palestina nació en el terreno de la opresión nacional de los palestinos, y si el objetivo declarado es aplastar a Hamás, el objetivo más profundo es aplastar a las poblaciones de tal manera que les haga olvidar cualquier vago deseo de rebelión (2) y les haga aceptar sin pestañear el régimen que se les impone (3): los innumerables muertos y heridos causados por los bombardeos y el bloqueo no son víctimas «colaterales»; son el resultado previsto de este objetivo.

Pero la guerra también forma parte de las cambiantes relaciones interimperialistas en Oriente Medio y en todo el mundo. Estados Unidos, cada vez más preocupado por el creciente poder de China, ha ido «rotando» hacia Asia desde la era Obama, mientras varias potencias de Oriente Medio se fortalecen.

Los llamados «Acuerdos de Abraham» iniciados por la administración Trump y llevados a delante por Biden pretendían establecer acuerdos de paz y cooperación separados entre Israel y algunos Estados árabes (Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Marruecos), dejando de lado la cuestión palestina, considerada ahora sin importancia real y, por tanto, dejada a discreción del gobierno israelí (4). Se estaban llevando a cabo negociaciones por separado con Arabia Saudí -protegido tradicional de Estados Unidos y gran potencia petrolera- para seguir lo que ocurría en la zona, mientras que Turquía se acercaba irresistiblemente a Israel (proyecto de gasoducto conjunto, etc.). Una de las consecuencias más importantes de estos acuerdos ya firmados o en proyecto fue el creciente aislamiento de Irán, cuando, para sorpresa general, Irán y Arabia Saudí firmaron el pasado mes de marzo, bajo los auspicios de China, un acuerdo para normalizar sus relaciones!

Ahora, la guerra de Palestina sanciona el fracaso total de la estrategia estadounidense de Abraham: pone en apuros a los países que firmaron esos acuerdos, aplaza indefinidamente la firma de Arabia Saudí, empuja a Egipto

a oponerse a Estados Unidos, obliga a Turquía a dar marcha atrás, a poner fin a su colaboración económica con Israel y a denunciar a sus «aliados» occidentales...

Ante este desastre, el imperialismo estadounidense y, tras él, los imperios europeos no tienen más remedio que reforzar el Estado israelí, único pilar sólido de la influencia occidental en la región: *Israel tiene derecho a defenderse*, significa en realidad: **el imperialismo occidental tiene derecho a defenderse!**

Por la reanudación de la lucha de clase revolucionaria

Sometidas a los terribles bombardeos y ataques terrestres actuales, sometidas a una opresión nacional que agrava la explotación capitalista infligida por la burguesía israelí y árabe, y que cuenta con el apoyo de los imperialismos occidentales, las masas proletarias palestinas no pueden contar con el apoyo de los Estados burgueses de la región: los países árabes han demostrado durante décadas que la suerte de esas masas les deja indiferentes y, en los casos cada vez más raros en que han mencionado sus sufrimientos, ha sido para distraer un descontento social o para promover sus propios intereses de Estado. Exactamente lo mismo ocurre con la dictadura iraní, que se presenta como campeona de la causa palestina para ganar puntos frente a su adversario israelí, o con la Turquía de Erdogan (tras su reciente giro). Por otra parte, tampoco pueden contar con Hamás, una organización islámica reaccionaria que reprime los movimientos sociales en Gaza. Hamás fue capaz de organizar el ataque del 7 de octubre, infligir bajas a soldados israelíes y masacrar a mujeres y niños civiles, pero nunca será capaz de derrotar militarmente a Israel; por ello apela al apoyo de los Estados árabes y musulmanes, un apoyo que nunca llegará, como hemos visto. Ha declarado públicamente que está dispuesto a hacer la paz con Israel, si éste se retira de los territorios que ha ocupado, y a fundar allí un Estado islámico: este mini-Estado sólo sería una cárcel para los proletarios y las masas palestinas.

En última instancia, el fin de la opresión nacional, de todas las masacres y abusos sufridos por los palestinos sólo puede ser el resultado de una completa conmoción del orden burgués e imperialista en la región; en otras palabras, de la revolución proletaria anticapitalista que derroque a todos los Estados burgueses e instau-

re sobre sus ruinas la dictadura internacional del proletariado.

Esta tarea no puede ser obra únicamente de los proletarios palestinos; implica la acción unida de los proletarios de todas las naciones, incluidos los proletarios judíos de Israel. Implica que estos proletarios rompan los lazos que les unen a su burguesía y a su Estado en nombre de la nación o de la religión para anteponer la solidaridad proletaria internacional: esto no sucederá automáticamente ni de un día para otro; harán falta fuertes sacudidas provocadas por las crisis del capitalismo; harán falta tanto el ejemplo como los efectos concretos de la reanudación de la lucha de clases revolucionaria en las ciudades del capitalismo mundial; hará falta la acción de las minorías proletarias de vanguardia para la constitución del **partido de clase, comunista, internacionalista**. Una tarea ardua, pero que representa la única perspectiva proletaria que no es ilusoria.

¡Solidaridad de clase con los proletarios y las masas palestinas!

¡Por la reanudación de la lucha de clases revolucionaria!

¡Por la revolución comunista internacional!

NOTAS

(1) En respuesta a las acusaciones israelíes y estadounidenses de falsificar cifras, las autoridades de Gaza publicaron las identidades de más de 5.000 muertos.

(2) El presidente israelí Isaac Herzog, ex presidente del Partido Laborista (de «izquierda»), que se declaró partidario del diálogo con los palestinos, declaró el 14/10, refiriéndose a Gaza: «*Toda una nación es responsable allí. Esta retórica de que los civiles no son conscientes, de que no están implicados, no es cierta, es absolutamente falsa*». Cf. *Le Monde*, 28/10/23. Así que todos son terroristas, todos culpables, que merecen el castigo colectivo infligido por Israel...

(3) Al parecer, los planes israelíes prevén actualmente que Gaza sea administrada por la Autoridad Palestina tras un periodo transitorio bajo el control de soldados de países árabes amigos de Israel.

(4) Los acuerdos estipulaban que Israel se comprometía a no anexionarse nuevos territorios. Netanyahu declaró posteriormente que este compromiso era sólo provisional y que, de hecho, la colonización nunca se detuvo.

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org

Algunos puntos críticos sobre la cuestión palestina

(texto de 1989)

·DENUNCIADEL PAPEL DEL NACIONALISMO PALESTINO COMO DISTRACCIÓN Y ANTÍDOTO DE LA LUCHA DE CLASES

Desde hace veinte años, ese nacionalismo es un cadáver político, y desde hace veinte años ese cadáver «aún camina» y lastra al proletariado. Lejos de desear un renacimiento en versión ‘izquierdista’, que no sería más que el retorno de su caduco radicalismo, vemos más bien un elemento positivo en la actual evolución moderada de todas sus corrientes, incluidas las más extremistas, y constatamos el hecho -a nuestro juicio saludable- de la capitulación final de la OLP, invitando a los proletarios a leer en ella lo que la misma evolución de las cosas les está gritando: cerrada toda solución racial y nacional, la vía de su redención es la vía única de la lucha de clases intransigente hasta la destrucción de todos los Estados de la región y la instauración de la dictadura proletaria. Palestina no vencerá; ¡la revolución proletaria vencerá!

·DENUNCIADEL CARÁCTER REACCIONARIO DEL MINI ESTADO PALESTINO

De hecho, las consecuencias de semejante «solución» sólo pueden ser *negativas desde el punto de vista* de la evolución de la lucha de clases, tanto porque tendería a encerrar, precisamente, en un gueto a la parte del proletariado actualmente más avanzada y combativa de toda la región, aislando lo más posible a los demás proletariados del «contagio» palestino, tanto porque llevaría a atenuar la presión que las masas pobres palestinas ejercen sobre Israel, como por el alejamiento en el tiempo del momento en que, incluso allí, la alianza entre clases se romperá, permitiendo finalmente a los obreros israelíes tender la mano a sus hermanos de clase palestinos.

El único resultado positivo posible de la creación de un miniestado, a saber, el «desenmascaramiento» de la burguesía palestina como clase enemiga a los ojos de las masas explotadas, no es en absoluto un acontecimiento automático. Al contrario, a menos que haya una fuerza política -el partido de clase- que denuncie el nacionalismo ahora y se oponga a él con una línea de clase -lo que desgraciadamente no es el caso en las actuales circunstancias-, es inevitable que la decepción que inevitablemente seguirá a la formación del llamado «Estado independiente» no tenga como resultado que los proletarios se sientan estimulados a levantarse con renovada energía contra la burguesía en su país, sino que constituirá la antesala de un estado de letargo durante un tiempo que no se puede prever. Lo que podemos decir desde ahora es que el Estado-cárcel que se vislumbra en el horizonte no podrá absorber a la totalidad de las masas palestinas de la diáspora. Los palestinos, los proletarios palestinos, no pueden ser todos llevados a los guetos. Y esto significa que los Estados de la región que han engullido a Palestina (y a los palestinos) no podrán *digerirla*, ni siquiera mediante el recurso reaccionario del mini-Estado.

·DENUNCIA DE LAS TÁCTICAS ULTRA PACÍFICAS SEGUIDAS POR LA OLP DURANTE LA INTIFADA, PERO TAMBIÉN ANTES DE ELLA, COMO ORGANIZACIÓN DELIBERADA DE LA MASACRE DE PROLETARIOS PALESTINOS.

En otras palabras, la OLP está dejando que los carniceros israelíes hagan el «trabajo sucio» de masacrar y agotar moral y económicamente a los desposeídos de los territorios ocupados. Si el codiciado miniestado ha de llegar, sólo lo hará una vez que el proletariado palestino haya sido apaleado y postrado lo suficiente por sus hermanos israelíes. Así que el camino hacia el objetivo del «Estado independiente» está siendo recorrido por la OLP a cámara *lenta*. La suciedad de esta «normalización» planificada de las pobres masas palestinas también debe ser denunciada sin vacilaciones ni titubeos,

·REITERACIÓN DE QUE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA EN TODA LA REGIÓN ES LA ÚNICA VÍA PARA RESOLVER TAMBIÉN LA CUESTIÓN NACIONAL PALESTINA

En el sentido de que sólo la dictadura proletaria podrá asegurar a los palestinos, si aún lo desean, el derecho a organizarse en un Estado independiente. Lo cual no excluye, sino que implica que el Partido se esforzará por propagar y apoyar la perspectiva opuesta, es decir, la de la libre unión de los proletarios de diferentes nacionalidades también en Oriente Medio en un Estado proletario lo más grande posible.

·REAFIRMACIÓN DE LA NECESIDAD DE LA FORMACIÓN DEL PARTIDO POLÍTICO DE CLASE SOBRE LA BASE DEL PROGRAMA, TESIS Y ENSEÑANZAS DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL, establecido, en línea con el marxismo intransigente, en los años 20 en los tres primeros congresos de la Internacional Comunista.

Formación que sólo puede tener lugar en una ruptura deliberada con las falsas vías emancipadoras de tipo democrático, pluralista, autonomista, pactista; que sólo puede tener lugar *enlazando las chispas de conciencia de clase* que la lucha del pueblo palestino ha provocado y sigue provocando *con el sólido programa comunista y la doctrina marxista* recuperados y restaurados por la Izquierda Comunista en sus batallas de clase contra el estalinismo y toda variante oportunista de signo socialdemócrata, popular, nacional; lo que sólo puede ocurrir reconectando con el hilo histórico de la actividad militante que la Izquierda Comunista, particularmente en Italia, ha defendido en el curso de la reconstitución del más alto órgano político de la clase revolucionaria moderna, el partido, *comunista e internacional*.

(sigue en pág. 6)

Algunos puntos críticos sobre la cuestión palestina

(viene de la pág. 5)

Al mismo tiempo, la reafirmación del hecho de que la lucha contra la opresión nacional de los proletarios palestinos pasa por un camino opuesto al del nacionalismo, incluso del radical. Es decir, es la batalla que debe enmarcarse y librarse en el terreno de la lucha de clases más general: desplazar la lucha antiburguesa del terreno de la «conquista de una patria» al terreno de la lucha antiburguesa contra toda discriminación entre proletarios de diferentes nacionalidades y confesiones religiosas en el plano salarial, legal, sindical y político.

· REAFIRMAR EL HECHO DE QUE LOS HERMANOS DE CLASE «NATURALES» DEL PROLETARIADO PALESTINO, LOS PROLETARIOS ÁRABES DE TODA LA REGIÓN, NUNCA ENCONTRARÁN EL CAMINO HACIA LA SOLIDARIDAD CLASISTA y su propia emancipación del yugo de las burguesías nacionales vampíricas y represivas (como han demostrado más hechos -desde la revuelta del pan en Túnez a las huelgas en Egipto, las agitaciones obreras en Marruecos a la más reciente revuelta proletaria en Argelia), **SINO CORTAN DEFINITIVAMENTE LOS VÍNCULOS IDEOLÓGICOS, PRÁCTICOS Y ORGANIZATIVOS CON LOS «PROPIOS» BURGUESES Y PEQUEÑOS BURGUESES** que han mimetizado y utilizan contra los proletarios y la plebe desposeída el «panarabismo», el fetichismo religioso, la falsa «vía nacional al socialismo» ridículamente representada por campeones del doble juego como Gadafi o por presidentes democráticos asesinos como Chadli Benjadid.

El «factor nacional árabe», que durante un cierto período histórico -desde la desintegración del imperio turco hasta la Segunda Guerra Mundial- podría haber sido uno de los elementos unificadores de unas poblaciones más nómadas y traficantes que estables y campesinas, ha agotado por completo todo su potencial», aunque sea mínimo, de avance histórico en la vasta zona que abarca el norte de África, desde el Atlántico hasta el Este y el Próximo Oriente inclusive. Lo ha agotado en virtud de una serie de elementos que incluyen el tipo de desarrollo capitalista en esta zona -atrasado en términos de estructura in-

dustrial y agraria, ultramoderno en términos de extracción de minerales, gas y petróleo, y en términos de capital bancario; el tipo de división del territorio en Estados-nación basados más en fronteras determinadas por la ocupación de potencias coloniales e imperialistas que en la disposición natural de los pueblos indígenas, caracterizados en su mayoría por el nomadismo; el tipo de clases burguesas (más «comerciantes» que industriales) generadas por el desarrollo accidentado del modo de producción y de las formas de capitalismo, y por la persistencia de remanentes feudales, teocráticos y tribales que nunca han sido erradicados por completo. La propia formación de un proletariado poco concentrado en fábricas y complejos industriales y más disperso en vastos e inhóspitos territorios, pero imprescindible para los recursos del subsuelo, refleja un proceso de desarrollo de los distintos países de la zona *absolutamente dependiente* del mercado mundial y de los precios de las materias primas que sólo los grandes países capitalistas pueden transformar, y *tendencialmente inestable* en el interior y en las relaciones interestatales de la zona.

Pero, por débiles que sean las clases burguesas y proletarias en toda la zona, el salto histórico al capitalismo ya se ha dado y lo que presenta la realidad -por inestable que sea- de los actuales Estados burgueses árabes, es la realidad de los intereses de clase de *las burguesías nacionales*, más allá del ahora impotente «factor árabe», cada una empeñada en beneficiarse de «sus» proletarios árabes, así como de los proletarios cheroquis, indios, pakistaníes o africanos que han emigrado a los ricos países petroleros.

· REAFIRMACIÓN DE QUE NO SE LOGRARÁ UN FRENTE ÚNICO DE LUCHA QUE UNA A LOS PROLETARIOS JUDÍOS DE ISRAEL Y A LOS PROLETARIOS PALESTINOS HASTA QUE LOS PRIMEROS NO ROMPAN LAS ATADURAS QUE LOS MANTIENEN ENGANCHADOS AL CARRO DE SU BURGUESÍA; y que el paso indispensable para que los proletarios israelíes rompan con su burguesía es la *ruptura de la solidaridad* con la opresión nacional que sigue perpetrando contra los palestinos. No hay mayor desgracia para un pueblo que el sometimiento de otro, decía Marx de la opresión inglesa sobre Irlanda. Para salir de su desgraciada situación desde el punto de vista de la lucha de clases, los proletarios judíos israelíes tendrán que apoyarse en el doble terreno de la lucha contra la dis-

criminación de los proletarios árabes y palestinos en el trabajo y en la vida social (y por tanto contra el confesionalismo del Estado judío) y la defensa del derecho de todos los palestinos a formar su propio Estado independiente en la tierra de Palestina.

· EL HECHO DE LA NECESARIA SOLIDARIDAD DE LOS COMUNISTAS DE OCCIDENTE Y DE LOS PROLETARIOS CON LOS PROLETARIOS PALESTINOS no significa en absoluto -como creen los autonomistas de «izquierda», trotskistas u otros- gritar más alto que los demás «viva la lucha por la independencia nacional palestina», **SINO QUE SIGNIFICA TRABAJAR POR EL RESTABLECIMIENTO DE LA LUCHA DE CLASES AQUÍ Y POR LA FORMACIÓN DE UN PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL COMPACTO Y POTENTE.**

De hecho, ésta es la única manera de tender una mano fraternal a los proletarios palestinos, ya que la ayuda que podemos prestarles o bien consiste en ofrecer a su lucha un punto de referencia visible y una batalla antiburguesa a la que agarrarse desde una perspectiva clasista, internacionalista y revolucionaria, o bien es pura demagogia.

Comprended, pues, que el proletariado palestino -y con él los proletarios de toda la región comprometidos en la lucha nacional palestina- se verá inevitablemente privado de los métodos, objetivos y medios de organización funcionales únicamente a los intereses burgueses nacionales, hasta que un movimiento social proletario ni países imperialistas -en nuestros países occidentales- vuelva a asomar la cabeza comprometiendo a «su» burguesía nacional en los distintos países finalmente en el terreno de la lucha de clases.

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado
Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros
C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa de Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj 08001 -
Barcelona

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

Los actos terroristas, hoy de Hamás, como los de ayer de Al-Fatah u otras organizaciones guerrilleras palestinas, no pondrán fin a la opresión israelí de los palestinos de Gaza y Cisjordania.

¡El futuro del proletariado palestino, como el de los proletarios de todo Oriente Medio, Europa y el mundo, está en la lucha de clases independiente y la solidaridad de clase proletaria de todos los países!

La burguesía palestina, hoy dividida en dos grandes facciones -Hamás y ANP-, se mueve en torno a tres líneas principales: 1) mantener relaciones lo más estrechas posibles con las diversas, y conflictivas, potencias regionales e internacionales que tienen interés en apoyarlas; 2) defenderse de la opresión económica, política, social y militar ejercida principalmente por Israel, pero también por los demás Estados árabes de la región; y 3) mantener subyugado al proletariado palestino sobre el que las dos facciones principales ejercen su limitado poder, tanto para obtener una explotación suficiente como para garantizar los privilegios que conlleva ese poder como para utilizarlo como moneda de cambio con las potencias regionales e internacionales con las que mantienen relaciones.

El proletariado palestino, utilizado durante décadas como fuerza de choque en beneficio de las diferentes facciones en que se dividió la burguesía palestina y de las diferentes burguesías de los demás Estados árabes, siempre estuvo destinado a ser, a la vez, fuerza de trabajo explotada por cada una de las burguesías bajo las cuales tuvo la desgracia de estar o refugiarse y carne de cañón tanto en los conflictos con los que intentaba defenderse de cada ataque -ya fuera en Palestina o en los «campos de refugiados» de Egipto, Jordania, Líbano, Siria- como en los conflictos de Israel contra los países en los que se refugiaba.

Palestina: un proletariado y un pueblo condenados a ser masacrados. Israel: un Estado nacido sobre la opresión del pueblo palestino y un proletariado judío cautivo de los beneficios inmediatos, y cómplice, de esta opresión. Una opresión que no tendría la fuerza que tiene y no habría durado tanto si no fuera apoyada, alimentada y nutrida por las potencias imperialistas occidentales que han constituido con Israel una fortaleza a su imagen y semejanza en Oriente Medio, utilizando en función hegemónica las estrechas relaciones con las comunidades judías norteamericana y europea para mantener viva la defensa de los intereses imperialistas por encima de los intereses específicos y «nacionales»

de la burguesía israelí. Una opresión que las potencias democráticas occidentales deben hacer pasar por una «necesidad de supervivencia» del pueblo judío, de cuyo exterminio por el nazi-fascismo se hicieron cómplices ayer, y al que hoy, bajo la forma del Estado-gendarme de los intereses imperialistas occidentales llamado Israel, pagan también una deuda histórica en beneficio de una burguesía «nacional» a la que permiten explotar a muy bajo precio a una masa proletaria palestina y reprimir, con los métodos violentos que consideran más eficaces, cualquier intento de lucha, aunque sólo sea en el terreno de la defensa económica e inmediata. Una opresión cuya eficacia y duración se deben también a la pasividad general de los proletarios europeos y americanos que desertan de la lucha de clases desde hace décadas, imbuidos, como están desde hace generaciones, de ilusiones democráticas y colaboracionistas.

Por lejana que parezca la lucha de clase del proletariado en los países occidentales, es la única vía por la que la clase proletaria de los países imperialistas, de Occidente y de Oriente, que apoyan tanto a la burguesía israelí como a la palestina, puede redimirse entablando finalmente una lucha sin cuartel contra los verdaderos enemigos de clase: los imperialistas, fuerzas últimas de la opresión de todos los pueblos, de todas las nacionalidades.

El proletariado palestino nunca conseguirá por sí solo deshacerse de su propia burguesía, y mucho menos de la burguesía israelí. Ya se encontró en esta situación varias veces desde 1948, cuando el Estado de Israel se impuso por la violencia y siguió ocupando tierras palestinas. Las luchas que las distintas formaciones burguesas armadas palestinas llevaron a cabo a partir de los años 60 ya estaban impregnadas de un nacionalismo vendido a potencias extranjeras de las que recibía apoyo y directrices, y que nada tenía que ver con el espíritu y el impulso independentista «nacional-revolucionario» que distinguió las luchas contra la opresión nacional en Argelia, Congo y, más tarde, Angola y

Mozambique, y que durante mucho tiempo caracterizó la revuelta espontánea del proletariado palestino. En los designios de los imperialistas vendedores de la Segunda Guerra Mundial, en particular del Reino Unido, de la URSS y, más tarde, de los Estados Unidos, toda la zona de Oriente Medio -abastecida de petróleo y con vías de comunicación estratégicas como el Canal de Suez, el Mar Rojo y el Golfo Pérsico- adquirió inevitablemente una importancia vital para el capitalismo mundial. Las poblaciones árabes que viven en esa vasta zona, si hubieran tenido la fuerza de rebelarse contra los británicos y los franceses como se rebelaron contra los otomanos durante la Primera Guerra Mundial, podrían haber causado graves problemas a los intereses de los imperialismos británico y francés y, en perspectiva, a los imperialismos ruso y estadounidense, que, por supuesto, no tenían ninguna intención de permanecer ajenos a esa región.

«*Fue el imperialismo*», escribimos en 1958, «*al descubrir y explotar los yacimientos petrolíferos de Arabia, y al insertar a los Estados árabes nacidos de la desintegración del Imperio Otomano en la gran red de tráfico mercantil, especialmente de petróleo, el que preparó «el barril de pólvora» que hoy [1958, NdR] se ha convertido en una realidad. Fue este el que, prometiendo a los árabes la independencia para tenerlos como aliados contra los turcos o los alemanes, y a los judíos el hogar palestino para asegurarse el apoyo de los grandes capitales y de las minorías judías pobres pero fecundas de los países occidentales, creó las premisas de la tensión por la que se desgarró el Próximo Oriente, tanto más grave cuanto que entretanto los Estados árabes se han fortalecido económicamente e Israel se ha convertido en el gran centro de una industria y una agricultura ultranacionalizadas*» (1).

Pues bien, esa tensión por la que estaba desgarrado Oriente Próximo desde hacía tiempo nunca ha disminuido; si acaso, se ha acentuado cada vez más. En aquella época, lo que los imperialistas temían era la posibilidad de que los pueblos árabes lucharan y logran una unificación panárabe y un Estado supranacional, algo que existía en los designios de Siria y Egipto; pero esa unificación no se produjo debido a muchos factores históricos y contingentes, entre ellos la tradicional rivalidad entre tribus y jeques, reforzada y no disminuida con el tiempo precisamente por el descubrimiento del petróleo y la intervención de las potencias imperialistas que compe-

(*sigue en pág. 8*)

Los actos terroristas, hoy de Hamas ...

(viene de la pág. 7)

tían por su conocimiento de los desiertos y la explotación de las masas desposeídas y proletarizadas no sólo del vasto Oriente Medio sino también de Asia Central y Extremo Oriente.

La lucha por la autodeterminación del pueblo palestino podría haber formado parte del gran ciclo de luchas anticoloniales que se abrió tras el final de la segunda guerra imperialista mundial, especialmente en la segunda mitad de la década de 1960; pero el gigantesco potencial de clase representado por el proletariado palestino y las masas proletarizadas, aunque se expresó a través de su lucha indomable y armada en Palestina, Líbano, Siria y Jordania, no expresó un programa político autónomo y de *clase* que pudiera guiar el movimiento nacional. Este programa político revolucionario de clase tampoco estaba presente y operativo en la forma de la Internacional proletaria y omunista, ahora destruida y borrada desde hacía cuarenta años. Por otra parte, las fuerzas políticas de «izquierda» que formaban la «resistencia palestina», y que se auto-proclamaban «marxistas», estaban todavía tan impregnadas de oportunismo de marca estalinista que sólo podían expresar programas y directrices políticas desviadas encasillando cada vez más al «movimiento de liberación» palestino en los juegos reaccionarios de las oligarquías árabes y los países imperialistas. No sólo se desvaneció rápidamente la gran aspiración de la unificación árabe desde el Océano Atlántico hasta el Mar Rojo, sino que también la ilusión de la emancipación palestina de la opresión árabe-occidental-israelí mediante una lucha de «resistencia» dirigida por los intereses de una burguesía palestina corrupta vendida al mejor postor y apoyada o por un bloque imperialista o por el bloque competidor, se encontró inexorablemente con la derrota más trágica. El mismo oportunismo demarca estalinista también influyó fuertemente en los proletarios occidentales, y europeos en particular, los únicos que podrían haber sido los aliados de confianza en la lucha contra el mismo enemigo, las clases dominantes burguesas, no importa si israelíes, árabes, francesas, británicas, estadounidenses o rusas. La pasividad que los proletarios de Europa mostraron hacia la lucha del proletariado palestino no sólo se expresó en el abandonarlo a su suerte al tiempo que mantenían estrechas relaciones con cada una de sus

burguesías nacionales para salvar lo que podía pasar, respecto a las condiciones en las que sobrevivían los proletarios palestinos, por privilegios económicos y políticos ganados a lo largo de los años; también se expresó, a través de las numerosas fuerzas políticas autodenominadas «comunistas», en fomentar la ilusión de que la solución a la «cuestión palestina» pasaba por decretar, a través de la ONU y de los diversos acuerdos entre los gángsters imperialistas, la existencia de dos Estados en el mismo territorio.

La «resistencia palestina», que siguen invocando los autodenominados revolucionarios comunistas, representados actualmente sobre todo por Hamas en Gaza y la ANP en Cisjordania, sirve hoy más que ayer para engañar y paralizar a las masas proletarias y proletarizadas palestinas no sólo en Palestina, sino también en Jordania, Líbano, Siria, donde se han refugiado en los famosos «campos de refugiados», y en cualquier otro lugar del mundo donde se encuentren exiliadas, para que su reacción a las constantes masacres de las que son objeto no se dirija finalmente hacia la lucha de *clases*, la única lucha que no sólo las colocaría en una posición de independencia y autonomía frente a cualquier otra fuerza burguesa y colaboracionista, sino que también abriría la posibilidad de ampliar la solidaridad de clase con los proletarios de los demás Estados árabes, con el proletariado israelí y con el proletariado de los países imperialistas, en primer lugar de los países europeos.

El camino de la lucha de clases es largo y queda lejano, eso es seguro, pero es la única perspectiva en la que los hechos materiales que subyacen al antagonismo entre las masas proletarias y la burguesía en todos los países conducen históricamente a la solución de toda opresión, de toda explotación, de toda guerra mediante la lucha de clases revolucionaria.

La movilización vista en varias capitales occidentales, desde que las tropas israelíes invadieron la Franja de Gaza, arrasando ciudades del norte, la propia ciudad de Gaza, y procediendo del mismo modo en el sur de la Franja a la que el propio Israel había obligado a desplazarse desde el norte a más de un millón y medio de palestinos, coreando «resistencia palestina», ondeando la bandera palestina y pidiendo ayuda humanitaria y el fin de la guerra, no es sino la enésima demostración de solidaridad vacía con un pueblo cuya enésima masacre es permitida, organizada y llevada a cabo por el único país democrático de Oriente

Medio, protegido, apoyado y forrajado por las grandes democracias occidentales, ¡y la estadounidense por encima de todas!

No es la primera guerra que estalla entre Israel y Gaza, o más bien entre Israel y los palestinos. Gaza está siguiendo el camino de Tall-el-Zaatar, cuando aquel campo de refugiados palestinos fue destruido y sus habitantes masacrados con una ferocidad sin precedentes. Pero Gaza está gobernada y controlada por Hamás y se ha convertido en el foco de la influencia iraní en un enclave dentro de las fronteras de Israel, lo que resulta insoportable para cualquier gobierno de Tel Aviv, sea el de Netanyhau o no. Por ello, más allá de que Netanyhau y su gobierno se vieran sorprendidos por el mortífero ataque del 7 de octubre en el que las milicias de Hamás y sus aliados yihadistas masacraron, en un solo día, a más de 1.200 habitantes de kibutzs, en su mayoría proletarios israelíes y muy pocos soldados, y tomaron más de 200 rehenes; y al margen de las acusaciones de corrupción, que Netanyhau tiene todo el interés en evitar, lo cierto es que la reacción israelí -que en Washington han considerado «desproporcionada»- bombardeando ciegamente ciudades palestinas densamente pobladas y matando a más de 25.000 civiles, en su mayoría mujeres, niños y ancianos, responde a la lógica de hierro de una guerra en la que el «enemigo» no es sólo el miliciano armado, sino todo el pueblo del que el miliciano forma parte. Es la lógica de hierro de las masacres fascistas y nazis, de las masacres de los boinas verdes en Vietnam y Camboya, por no hablar de las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, lo que demuestra que la guerra que la burguesía libra contra un pueblo al que considera enemigo es una guerra total.

En guerras como ésta es el proletariado, en realidad, el principal objetivo, porque toda clase burguesa sabe que si hay una fuerza social capaz de oponérsele decisivamente y con serias posibilidades de derrotarla, es la clase del proletariado, sobre todo si está dirigida por el partido de clase, como ocurrió en Rusia en 1917. Y cuando a la cabeza del proletariado no está el partido de clase, sino los partidos de colaboración interclasista, y así ocurre también en el caso palestino, la clase dominante burguesa ha logrado en gran medida su objetivo de desviar la energía de la clase proletaria hacia el terreno que le es más favorable sin tener que reprimirla sistemáticamente. En el caso de los palestinos, sin embargo, es el indomable

impulso a rebelarse contra la opresión y la represión de Israel lo que a su vez empuja al Estado sionista a una represión cada vez más brutal y violenta, una represión que no se detiene ante ningún atentado terrorista, tal es el ansia de tierra y de poder absoluto que la burguesía israelí ha demostrado desde su reunificación en Palestina tras la Segunda Guerra Mundial. El juego imperialista, primero franco-británico, luego principalmente estadounidense, tiene como respuesta la creación del Estado de Israel, fiel gendarme y verdugo en tierra árabe y en una región estratégicamente vital para el capitalismo mundial. Pero la actual guerra de Israel contra Gaza y los palestinos, apuntando como siempre también al Líbano y Siria, se desencadena en una situación internacional ya extremadamente tensa debido a la guerra de Rusia en Ucrania, y en una situación en la que la economía mundial está al borde de una grave crisis. Aquí, pues, el enfrentamiento que parece limitarse entre Israel y una milicia terrorista bien organizada y apoyada por los enemigos de Israel adquiere inevitablemente una dimensión completamente diferente, en la que entran poderosamente en juego los grandes trusts no sólo del petróleo y el gas, sino también del armamento. Como sabemos, como marxistas, no son los Estados los que subyugan al capital, sino que es el capital el que subyuga a los Estados, tanto más en la fase imperialista en la que gobierna el capitalismo financiero. El interés primordial del capital financiero no es sólo aprovechar cualquier situación en la que pueda especular para aumentar su valor inicial, sino también crear las situaciones más favorables para esa especulación. ¿Qué puede haber mejor que una guerra iniciada, o por iniciar, y desarrollada en el tiempo y en el espacio, para hacer girar los beneficios a una velocidad cada vez mayor, ya que en la guerra cualquier arma, sistema de armas, medios, equipos e infraestructuras están destinados a desgastarse rápidamente para ser sustituidos continuamente por nuevos armamentos, equipos, etc., para lo que se necesitan enormes inversiones, por tanto enormes capitales?

El entrelazamiento de los intereses del capital de las grandes corporaciones financieras mundiales, los intereses de las grandes multinacionales dedicadas a la producción de todo aquello que se consume rápidamente y en cantidades anormales (como medicinas para epidemias y guerras, armamento, materias primas para la producción de energía, alta tecnología, etc.) y los intereses políticos de los

grandes estados imperialistas, supera con creces cualquier intento del capital marginal y de los pequeños estados de escapar a la devastadora influencia del gran capital convirtiéndose en «autónomos». Pero entre estos intereses hay que considerar también otro elemento, el trabajo asalariado, verdadera fuente, a través de su explotación, de la valorización del capital. En efecto, al capitalismo le interesa que el proletariado de todos los países del mundo siga siendo una clase sometida al trabajo asalariado, una clase *para* el capital, como decía Marx, y se justifican todos los medios económicos, ideológicos, políticos, sociales, religiosos y represivos que las clases dominantes consideren que deben utilizar para que el proletariado no escape a su condena. Por un lado los llaman a votar, por otro los matan por rebelarse y los masacran si se atreven a organizarse y responden con violencia a la violencia.

Pero la historia nos enseña que el proletariado, de cualquier nacionalidad y color, en cualquier parte del mundo, puede transformar su fuerza social, indispensable para el capitalismo en cualquier país, de valorizador del capital -y por tanto de su explotación perenne- en sepulcero del capital, en fuerza social que destruye el sistema social capitalista y, con él, la clase burguesa que representa sus intereses, abriendo por fin a la humanidad el futuro de una sociedad sin clases, sin explotación del hombre por el hombre, sin opresión, sin guerra.

La lucha de clases del proletariado no es la lucha por la democracia y la colaboración interclasista entre explotados y explotadores: es una lucha por la vida contra la clase burguesa en todos los países, contra la opresión salarial en la que la burguesía basa su poder, contra todo tipo de opresión, económica, política, nacional, de género, que todas las clases dominantes -se presenten con traje y corbata, túnica y turbante, corona o uniforme militar- ejercen sobre el proletariado y las masas desposeídas y proletarizadas en todos los países del mundo. Internacional es el sometimiento de las masas humanas al capital, internacional es la lucha de clases contra el capital y las clases burguesas que administran su poder.

(1) de: *Mondo coloniale in fermento*, «il programma comunista» n. 10/1958

Elementos de orientación marxista

(Textos del partido N° 10, Junio de 2023, A5, 24 páginas, 2 €)

Sumario

Introducción

Elementos de orientación marxista:

- El marxismo no es un problema de opiniones
- ¿En qué sentido los marxistas se vinculan a una tradición histórica?
- Incardinación del método dialéctico marxista
- El enfrentamiento entre las fuerzas productivas y las formas sociales
- Clase, lucha de clase, partido
- Conformismo, reformismo, antiformismo
- Interpretación de los caracteres de la fase histórica contemporánea; criterio dialéctico de valoración de las instituciones y de las soluciones sociales pasadas y presentes
- La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo económico: mercantilismo
- La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo social: la familia
- La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo político: monarquía y república
- La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo ideológico: la religión cristiana
- El ciclo capitalista: fase revolucionaria
- El ciclo capitalista: fase evolucionista y democrática
- El ciclo capitalista: fase imperialista y fascista
- La estrategia proletaria en la fase de la revolución burguesa
- Tendencias del movimiento socialista en la fase democrático-pacifista
- Táctica proletaria en la fase del capitalismo imperialista y del fascismo
- La revolución rusa, errores y desviaciones de la Tercera Internacional, involución del régimen proletario ruso
- Impostación actual del problema de la estrategia proletaria. Denuncia histórica definitiva de cualquier simpatía por las reivindicaciones democrático-liberales. Solución negativa a la tesis del apoyo a las fuerzas que conducen al capitalismo a desarrollar su modernísima fase monopolística en economía y fascista en política.

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017

2

El Comunista nueva edición nos habla sobre Palestina

El grupo que publica el periódico *El Comunista* (nueva edición) pretende ser una especie de heredero de la Izquierda Comunista de Italia y tener algún tipo de relación con Partido Comunista Internacional (de cuyo nombre aún se reclaman) y su trabajo de desarrollo sistemático de la crítica teórica y política a las corrientes estalinista y sus herederos de cualquier nombre. Decimos pretende porque más allá de una reivindicación formal de estos orígenes, nadie puede encontrar nada que recuerde siquiera a nuestra corriente.

Es cierto que en su prensa se puede leer habitualmente un batiburrillo de citas (por lo general mal traídas porque son mal entendidas por la redacción) de algunos de nuestros textos fundamentales, porque con ello buscan hacer pasar de tapadillo sus propias posiciones, alejadas siempre de las tesis de la Izquierda Comunista y del propio marxismo revolucionario, como engarzadas a una escuela de lucha como la que ha sido y continuará siéndolo el Partido Comunista Internacional. Pero es suficiente con echar un vistazo, siquiera superficial, a los textos en los que, por decirlo de alguna manera, caminan sin sujeción, a los artículos en los que no pueden jugar la baza de inundar las páginas con citas que confundan respecto al verdadero contenido, para darse cuenta de los pocos vínculos que existen entre sus posiciones y las de nuestra corriente.

Es el caso de la hoja que publicaron el otoño pasado a tenor de los ataques de Hamás sobre Israel y de la reacción del país hebreo. Se trata de un texto de intervención en el que, siguiendo los acontecimientos, buscan dar una visión general sobre la situación del conflicto palestino-israelí y acaban por mostrar su profunda incompreensión tanto de los puntos fundamentales del marxismo acerca de la guerra imperialista y la reacción a esta por parte del proletariado como del enfoque materialista (alejado de cualquier sensacionalismo y contrario a las valoraciones superficiales de los periodistas al uso) necesario a la hora de evaluar la tendencia hacia el enfrentamiento y la crisis que se desarrolla en algunas áreas del globo de manera más aguda que en otras.

La región del Próximo Oriente es, sin duda, una de las más convulsas del planeta. Nuestro partido, desde su formación en la década de los años '50, ha dado cuenta de la situación que ha atravesado esa área, partiendo de la descolonización británica, pasando por la incapacidad de las nacientes burguesías árabes para consolidar un único Estado capaz de garantizar su independencia política y económica respecto a las grandes potencias imperialistas (Francia y Gran Bretaña en un primer momen-

to, Estados Unidos y la Unión Soviética poco después) hasta llegar a la consolidación del Estado-gendarme israelí a través del cual la principal potencia mundial impone su orden sus intereses en la región. Pero la importancia de esta área no estriba únicamente en su relevancia estratégica, en al función que históricamente ha tenido como puerta para controlar las vías de comunicación hacia Asia y África o en la abundancia de recursos naturales cuyo control facilita, sino que es imprescindible tener en cuenta la fuerza histórica con que han contado las masas plebeyas de la región, arrancadas de sus tierras por la ocupación israelí y sometidas al control y la represión continua por parte de las naciones árabes vecinas, y un joven proletariado que se ha ido aglutinando tanto en los campos de refugiados de Líbano y Jordania como en Gaza y Cisjordania. El problema de la guerra entre Israel y Palestina (o entre Israel y Líbano, o entre Israel y cualquiera de los actores árabes involucrados en los conflictos regionales) ha tenido, durante largas décadas, el trasfondo de la lucha por la nacional-revolucionaria palestina. Las masas palestinas han sido el principal factor de desestabilización de la región en numerosos casos y aún hoy el «problema» que bloquea una salida al conflicto en forma de los dos Estados que la ANPe incluso Hamás, pero no Israel, estarían dispuestos a aceptar. La liquidación al menos temporal de esta lucha nacional-revolucionaria y el hecho de que la independencia nacional palestina en el momento actual sea algo prácticamente irrealizable a menos que un brusco cambio en los lineamientos imperialistas de la región la impongan dentro de su lucha por el reparto del poder, no permite en ningún caso obviar ni la historia ya sucedida ni los fortísimos condicionantes que esta ha dejado y que atraviesan la situación actual.

Por ello no es admisible para ningún marxista liquidar la difícil madeja en que se embrollan cuestiones de nación, raza y, por supuesto, clase social con una afirmación del tipo

Habrá solución a la situación en Palestina cuando la clase obrera árabe e israelí se levante como un solo hombre para abatir a sus respectivas burguesías que hoy les enfrentan unos con otros. Pero esta tarea no la pueden asumir solos el proletariado palestino o el proletariado israelí, como tampoco el proletariado de ningún Estado aisladamente: «la emancipación de los trabajadores no es una tarea local ni nacional sino una tarea social e internacional.» (Estatutos de la Internacional Comunista, II Congreso, 1920).

¿Qué quiere decir esto? Evidentemen-

te todos los problemas nacionales que subsisten en el mundo (que, por cierto, no son pocos ni despreciables), todas las situaciones en las que la discriminación racial ejerce como muro de contención que impide que el proletariado de una u otra zona rompa con la colaboración de clase que impone tanto el beneficiarse como el padecer esta discriminación... todo ello se solucionaría si mágicamente el proletariado se levantara, no en un país, sino en todo el mundo, «como un solo hombre». Pero eso, dicho sin más, ¿es la perspectiva que asumen los marxistas revolucionarios?

En el caso de Palestina, por ejemplo, el vínculo que relaciona al proletariado israelí con su burguesía, se alimenta precisamente del beneficio que este proletariado obtiene de apoyar la colonización de las tierras palestinas y la opresión de las masas y los proletarios árabes tanto dentro como fuera del Estado de Israel. La militarización social (bien que contestada en algunos ámbitos, pero sin una perspectiva de clase) es el ejemplo más claro de una clase proletaria, formada sobre todo por los inmigrantes judíos tardíos, que es usada diariamente en la lucha contra los palestinos pero que obtiene ciertas ventajas sociales y, que por tanto, mantiene esa *unión sagrada* con su burguesía.

Por la parte árabe persiste la opresión nacional (si bien, como decimos, las posibilidades de una salida nacional-revolucionaria a esta están prácticamente liquidadas) y con ella un lazo que vincula objetivamente a diversos estratos sociales, entre los cuales el proletariado. La clase burguesa palestina y la pequeña burguesía del campo y la ciudad, han capitaneado la lucha nacional palestina desde sus orígenes sin que la clase proletaria haya sido capaz de abandonar el papel subordinado que le fue impuesto. Las diferentes estructuras milicianas que han proliferado tanto en los territorios ocupados como en los campos de refugiados han sido el ejemplo más claro de esta subordinación que se daba también sobre el terreno de la lucha armada. Cuando la OLP primero y Hamás después, cada uno en su momento y jugando un papel de cara al Estado israelí sensiblemente diferente, han alcanzado una situación de relativa estabilidad con el Estado opresor, esta subordinación del proletariado palestino, muy numeroso y capaz en su momento de dar verdaderos ejemplos de lucha clasista, se ha vuelto especialmente pesada, pero no ha desaparecido sino que incluso se ha vuelto más fuerte.

¿Tiene sentido, entonces, clamar por un levantamiento «como un solo hombre» de proletarios israelíes y palestinos? No, se trata sencillamente un brindis al sol, de una frase dicha bien porque se ignora lo más elemental del mar-

xismo bien porque se ignora la historia de la región o, probablemente, por ambos motivos. No cabe duda que únicamente la lucha revolucionaria del proletariado pondrá fin a la opresión nacional de las masas palestinas—como de cualquier otra opresión nacional—y de que sólo mediante la revolución social se suprimirá la explotación económica del proletariado internacional... Pero el camino no ya hacia el inicio de una situación de lucha proletaria que representará un momento histórico completamente diferente al presente (si bien ligados ambos dialécticamente entre otros vectores por el partido comunista), sino ni siquiera a la mínima expresión de solidaridad de clase más allá de las barreras raciales y nacionales debe transitar forzosamente por terrenos que no se pueden atravesar sólo con frases altisonantes.

¿Qué papel atribuye *El Comunista* a la *unión sagrada* del proletariado israelí con su burguesía? ¿Qué importancia le da a la cuestión nacional en el terreno palestino?... De estas cuestiones vitales que deben concretarse en un balance mucho más detallado que se remita a la cuestión palestina como punto de confluencia de la opresión nacional y de la lucha proletaria a ambos lados de todas las fronteras, *El Comunista* no dice nada. Es más, después de evitarse ir más allá de lo más superficial en su valoración de la situación actual y de las perspectivas que esta implica para la clase proletaria internacional, salta directamente a *otra gran consigna*: la organización del Partido.

Para poder llevar a cabo su misión histórica, la clase obrera necesita el Partido Comunista Internacional que debe reunir la parte más avanzada y decidida del proletariado, unificando los esfuerzos de las masas obreras dirigiéndolas desde la lucha por intereses y resultados contingentes a la lucha general por la revolución mundial, por la instauración transitoria de la dictadura revolucionaria del proletariado hacia una sociedad sin clases, sin propiedad privada, sin trabajo asalariado, sin estado, sin régimen mercantil y de empresa. La responsabilidad de todo comunista es trabajar por la organización, consolidación, desarrollo y extensión de este Partido.

Pero, ¿en qué consiste esta «organización del Partido»? ¿Qué experiencia, para ella, se obtiene del largo camino recorrido por la situación en la zona del Próximo Oriente, en general, y de Palestina en particular? Porque, sin poner en ningún momento en duda la corrección de una afirmación como la anteriormente citada, el trabajo de organización y desarrollo del Partido, tal y como lo entiende la Izquierda Comunista de Italia

y tal y como se ha defendido siempre en nuestro *Partido Comunista Internacional*, no es una consigna que se lance al vacío, sino que se fundamenta en la necesaria intervención del Partido (por pequeño que sea, por limitadas que sean sus fuerzas físicas) en cualquier grieta de las que se abren en la sociedad capitalista como consecuencia de las contradicciones que atraviesan esta, en la contribución política y teórica que debe dar en cada oportunidad que abre el curso de la historia, siempre en consonancia con una doctrina y un programa que permanecen inmutables para la larga fase histórica que cubre el periodo del fin del capitalismo.

¿Qué nos dice, entonces, *El Comunista* sobre esta «organización del Partido»? En primer lugar que

Sin renunciar en ningún momento a transformar la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria durante su desarrollo o a desencadenarla a continuación de ésta, será posible reaccionar al propio estallido de la guerra imperialista declarando la huelga general revolucionaria sólo si previamente se ha desarrollado una extensa red de solidaridad y de lucha en el plano sindical, fuera de los tentáculos del Estado, en la cual haya ganado una influencia decisiva el Partido Comunista Internacional.

De acuerdo con esta afirmación, la tarea del Partido Comunista es declarar la «huelga general revolucionaria», ese gran mito anarquista y sindicalista con el que estas corrientes han escamoteado históricamente la necesidad de la lucha política revolucionaria, para lo cual previamente debe desarrollarse una «extensa red de solidaridad y lucha en el plano sindical [...] en la cual haya ganado una influencia decisiva el Partido Comunista Internacional».

Difícil reunir en una sola frase más afirmaciones ajenas al marxismo. La huelga general revolucionaria no es el fin por el que lucha el partido, no es ni siquiera el método de acción a través del cual se llevará a cabo, llegado el momento, la movilización en una guerra imperialista. Y la tarea del Partido no puede estar, ni mucho menos, supeditada a este objetivo.

El Comunista representa, esencialmente, una desviación sindicalista del marxismo. Lo representaba cuando, en 1980, sus miembros se desgajaron del tronco del Partido, cuando negaban la necesidad de un partido estructurado más allá del terreno de intervención inmediata en las luchas proletarias, y lo representan hoy, cuando cifran la lucha contra la guerra imperialista en la existencia de esa «red de solidaridad y lucha» que debería estar influenciada por el Partido. La lucha contra la guerra imperialista es una lucha política y requiere no de una red sindical, sino de un par-

tido que, en general, sea capaz de influenciar al proletariado en el sentido de una respuesta, **insistimos política**, tanto en el ámbito sindical como en cualquier otro. Y el objetivo de esta influencia no será una movilización laboral, como pretendían sacando a relucir el viejo mito libertario de la huelga revolucionaria, sino **política**, como lo fue la del Partido Bolchevique de Lenin y Trotsky contra la Iª Guerra Mundial. La transformación de la guerra imperialista en guerra civil obedece a unos requisitos históricos entre los cuales la presencia de un proletariado fuerte y organizado -no sólo sindicalmente, en Rusia los sindicatos no tuvieron nunca un peso decisivo- y de un partido compacto y potente capaz de organizar y centralizar los impulsos espontáneos y centrifugos de ese proletariado hacia el objetivo principal que es la toma del poder y que pasa por batir a la fuerza organizada de las clases reaccionarias a las que encabezará la burguesía.

Pero *El Comunista* continúa

Esto no sucederá si no hemos combatido la influencia organizativa e ideológica que ejerce la burguesía a través del sindicalismo integrado en el Estado y a través del parlamentarismo, si no hemos arrancado la mala hierba - palmo a palmo si es necesario - para poder sembrar y echar raíces. Por lo tanto, es una responsabilidad para cualquiera que comprenda la necesidad del derrotismo revolucionario (no sólo como figura retórica) trabajar para preparar las premisas materiales para que esta consigna pueda ser puesta en acción.

Es decir, que el derrotismo revolucionario parte de la lucha contra *el sindicalismo integrado en el Estado* y el parlamentarismo. De acuerdo con esta afirmación es sólo la influencia de los sindicatos «integrados» y la ideología parlamentaria la que impiden el renacer del Partido Comunista y de su influencia sobre el proletariado (de todas las naciones) en Palestina. La tarea a asumir, entonces, por los comunistas es la de extender el sindicalismo clasista en Oriente Próximo y todas las cuestiones políticas que constituyen el verdadero factor de retardo en la reaparición de la lucha de clase y del partido proletario, quedarían superadas. Para *El Comunista* no hay problema político, sino sindical. La clase burguesa no domina al proletariado y al resto de clases subalternas políticamente, sino privando a la clase obrera de organizaciones independientes. Esta ideología sindicalista, que como decimos siempre ha estado presente en *El Comunista*, se vuelve especialmente nociva cuando pretende remedar cualquier situación, como la Palestina, mediante recetas de tipo inme-

(sigue en pág. 12)

El antisemitismo es parte de la ideología burguesa

En los últimos meses ha habido mucho revuelo en torno al pretendido *antisemitismo* que se achaca a cualquiera que haya apoyado el grito del masacrado pueblo palestino (anotamos, por ejemplo, que las víctimas, ya más de diez mil, tienen entre ellas a cuatro mil niños, que dudamos sean *notorios terroristas*). Nuestro Partido, en la continuidad histórica y la coherencia que lo distinguen, se ve obligado a mostrar la naturaleza esencialmente burguesa de estos ataques ideológicos, evidenciando también, en la práctica, como el movimiento real de la historia se desarrolla *independientemente* de tales acusaciones. Nuestra posición sobre Palestina es conocida y está remachada en el último número de *El Comunista* en el artículo «*Alcuni punti fermi sulla «questione palestinese»*»: el rechazo al compromiso burgués de un «estado nacional palestino» (nacionalista,

democrático, capitalista, etc.) y la llamada, lanzada históricamente ya en 1848 por nuestros maestros a los proletarios, para que se unan en todo el mundo en una lucha *sobre bases clasistas*. De estas posiciones no es posible extraer ninguna forma de antisemitismo ni de ningún otro tipo de racismo.

La acusación de antisemitismo tiene su origen hace tiempo. Desde la publicación del texto de nuestro Partido *Auschwitz o la gran coartada*, los ideólogos de la burguesía y del estalinismo pseudo-proletario, nos acusan de negar la responsabilidad directa del nazi-fascismo en el holocausto. Nosotros siempre hemos afirmado lo siguiente: *Negándose a ver en el propio capitalismo la causa de las crisis y cataclismos que periódicamente convulsionan el mundo, los ideólogos burgueses y reformistas siempre han pretendido explicarlos por la maldad de unos y otros*

(1). También en este caso, entre los misiles lanzados con el apoyo de Hezboallah y de Irán por los reaccionarios de Hamas y las bombas descargadas por el ejército sionista sobre los hospitales, escuelas y casas de manera indiscriminada, los demócratas de todas las naciones quieren ver no la responsabilidad del capitalismo como sistema social, como modo de producción, sino la responsabilidad de uno u otro grupo, étnico, político o lo que sea. La incapacidad de la ideología democrática para reconocer a los responsables en este caso muestra también cómo la acusación de antisemitismo puede utilizarse como arma contra las posiciones que desafían el orden establecido. Del mismo modo que la ideología democrática (de la que abominamos) utiliza a cada paso el arma mística del antifascismo para engañarse pensando que la solución a los problemas sociales pasa por la derrota de un fascismo igualmente burgués, utiliza la pantalla del pésame por el exterminio

(sigue en pág. 17)

El comunista nos habla...

(viene de la pág. 11)

diatista y organizativista.

¿Se necesitan más pruebas? Van en los párrafos siguientes:

Una tarea fundamental es **reintroducir en el seno de la clase obrera el marxismo integral**, el marxismo sin adulteraciones, revisiones ni actualizaciones, sin debates ociosos ni especulaciones dubitativas que sólo mellan su filo revolucionario: «**sin teoría revolucionaria, no puede haber movimiento revolucionario**» (Lenin, *¿Qué hacer?*, 1902). El marxismo es para el proletariado un instrumento de trabajo y un **arma de combate**: «en el apogeo de la batalla no se abandona, para «repararlos», ni el instrumento ni el arma, sino que se vence en tiempos de paz y de guerra blandiendo desde el inicio utensilios y armas buenos.» (La invariancia histórica del marxismo, 1952).

Otra tarea fundamental es **romper la camisa de fuerza del sindicalismo integrado**, organizar el **sindicato de clase**. Hay una relación estrechísima entre la posibilidad revolucionaria y la lucha inmediata de la clase proletaria contra el capital: «Si en sus conflictos diarios con el capital [los proletarios] cediesen cobardemente, se descalificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura.» (Salario, precio y ganancia, 1865, K. Marx). «Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, vuelve sin cesar a ser so-

cavada por la competencia entre los propios obreros.» (Manifiesto del Partido Comunista, 1848).

Ambas tareas tienen que realizarse simultáneamente, alimentando una a la otra, organizando la lucha inmediata tejiendo la red del sindicato de clase no integrado en el Estado e introduciendo en las experiencias de esas luchas el marxismo, haciendo que una parte de los trabajadores que han emprendido esas luchas se eleve al nivel de la teoría revolucionaria, pasando a ser militantes comunistas.

Dos tareas, por lo tanto, para *El Comunista*. Una, la «teórica», que consiste en reintroducir entre el proletariado el «marxismo integral». Otra, la «práctica», construir el sindicato. Ambas al mismo nivel, ambas con la misma importancia. ¿Dónde queda aquí el papel del Partido? ¿Existe acaso en su visión más allá de ser un centro informe irradiador de ideología y organizador sindical? ¿Qué papel tiene la lucha política?

La lucha de clases es un fenómeno en esencia político. El marco económico que crea y desarrolla a las clases contrapuestas no da una respuesta al conflicto que se genera entre ambas, la acentuación de la tensión entre proletarios y burgueses (pero tampoco entre siervos y señores o entre propietarios y libertos) no se resuelve mediante la organización económica, sino mediante la organización política (el partido, conformado por proletarios pero también por desertores de las clases sociales dominantes) y mediante la lucha revolucionaria que excede, por supuesto, el cauce sindical. Por otro lado,

esta lucha política no aparece ni como acumulación de fuerzas en el terreno sindical (por muy influenciado que se encuentre el proletariado en este por el partido) ni por el adoctrinamiento de tipo intelectual («introducir la teoría» en sus palabras) de la clase proletaria. El proletariado, vive, como clase, sometido tanto a la explotación laboral como a tantas formas de opresión como existen en el mundo capitalista. El objetivo histórico de su lucha es el abatimiento del poder burgués mediante la acción revolucionaria que debe organizar y dirigir el partido comunista. Pero esta lucha, este movimiento revolucionario, no es una suma de movimientos parciales o inmediatos, de tipo sindical o social, sino una consecuencia de la influencia que el partido de clase obtiene precisamente al ser capaz de concentrar las tensiones dispersas, los movimientos espontáneos que se dan sobre el terreno de la supervivencia inmediata, o de la lucha política más amplia, hacia el fin único de la toma del poder.

Desde la perspectiva de *El Comunista*, es indiferente Palestina que España, Francia o Italia. Únicamente son necesarias la doctrina marxista (¿cómo se introducirá en la clase? ¿cómo se extenderá? Quién sabe...) y sindicatos. Los términos reales en los que se lleva a cabo la lucha de clases en cada una de estas regiones, les son completamente indiferentes. Porque en el fondo, más allá de su activismo sindical y de su intelectualismo de frases repetidas de la doctrina marxista repetidas como loros, la indiferencia es lo único que pueden ofrecer a los proletarios.

Argentina: la victoria de Milei sólo garantiza la continuidad de la miseria y el aumento de la represión para los proletarios

Las elecciones argentinas del pasado domingo día 19 dieron como vencedor a Javier Milei, candidato de *La Libertad Avanza*, que se había presentado como una especie de *outsider* de la política tradicional. Histriónico y bufonesco a partes iguales, Milei ha hecho de las redes sociales y sus intervenciones más que grotescas en los medios de comunicación una especie de emblema, una bandera que pretende evidenciar su rechazo incluso a las formas tradicionales de la política. Y en buena medida ha sido gracias a ello, gracias a una imagen más que a un programa, a un escándalo permanente más que a una perspectiva de gobierno a medio plazo, que ha conseguido derrotar primero a Patricia Bullrich, candidata de la derecha tradicional aglutinada en torno a la Unión Cívica Radical, y después al candidato oficialista Sergio Massa, ex ministro de finanzas en el gobierno peronista de los últimos años.

Finalmente, los resultados no han sido tan extraños como la prensa quiere hacer creer: Milei contará con solo 38 escaños de 257 en el Congreso y dependerá en todo momento de formar un bloque con la derecha tradicional de Macri y Bullrich para poder aplicar su programa de gobierno. En un esquema que resulta familiar también en España, los partidos «del cambio» se apoyan en las viejas estructuras políticas, a las que sirven realmente para mantener su poder.

La situación en la que Javier Milei llega al poder es crítica para Argentina. Después de cuatro años de un gobierno peronista que ha garantizado la continuidad de la dinastía Kirchner (primero Néstor, presidente del país de 2003 a 2007, después su mujer, Cristina, presidenta ella también desde 2007 a 2015 y vicepresidenta con el gobierno saliente) y la estructura socio política del peronismo «de izquierdas», corrupta hasta la médula y basada en extensas redes clientelares fraguadas con los sindicatos y otros organismos civiles, la realidad del país ha empeorado a ojos vista. Es por ello que la candidatura de Sergio Massa, señalado por su actuación en el gobierno como uno de los responsables de tal situación, ha sido capaz de reunir en su contra tanto a *La Libertad Avanza* como a la parte de la Unión Cívica que controla el expresidente Macri, que ha cedido medios, dinero e infraestructura al pequeño partido «ultra-liberal».

Desde el punto de vista económico, la situación es la peor que ha vivido Argentina en los últimos cuarenta años, lo cual es mucho decir. La inflación habrá experimentado, en diciembre de este año, una variación interanual del 210%; el bajo valor del peso encarece increíblemente las importaciones, fundamen-

tales en un país que es un importador neto de productos industriales, tecnológicos e incluso agrícolas; la pobreza, en fin, ha crecido en todo el país y más del 20% de la población no alcanza a tener los productos mínimos indispensables para vivir, habiéndose reportado, en los últimos años fallecimientos de niños por hambre. Las medidas emprendidas por el gobierno peronista no han aliviado esta situación. Por un lado, la actuación del banco central colocando letras como compensación para que los bancos comerciales obtengan depósitos en pesos no ha hecho sino aumentar las tensiones inflacionarias debido a la expansión de su pasivo financiero y de los intereses que paga por él. Por otro lado, las obligaciones contraídas por el Estado con el FMI, constriñen la economía y obligan al propio FMI a señalar en su nota de julio de este año, que el país no está en condiciones de cumplir con las exigencias que impone el acceso al Servicio Ampliado del Fondo. Finalmente, la sequía, la peor en décadas, ha afectado con especial dureza a un país que basa buena parte de su economía en la exportación de productos agrícolas.

Ante esta situación política y económica, la aparición de Milei como una especie de figura rutilante de la política nacional, como alguien que venía de fuera de la «casta» (es profesor de economía de profesión y está ligado a la corriente austriaca, de por sí una corriente marginal dentro del propio pensamiento económico burgués) parece como el remedio radical que hacía falta. Y esto, en primer lugar, por un discurso anti casta, tan querido a los populismos de izquierda y derecha, y por la referencia al Estado profundo como el verdadero origen del malestar social, unido en este caso a una exigencia de corte ultra liberal acerca de la necesidad de reducir el propio Estado a su mínima expresión. Y en segundo lugar, por sus investidas económicas, acerca de la necesidad de dolarizar la economía, de suprimir el propio Banco Central, de privatizar todas las empresas públicas, etc. Son estas salidas de tono respecto junto con el carácter bufonesco del personaje, las que han llamado la atención de la prensa internacional y las que han fraguado el aura de personaje providencial que le acompaña.

Pero ¿qué es lo que se puede esperar de Milei? Como en el resto de países donde una figura de este tipo ha triunfado (Brasil con Bolsonaro, EE.UU. con Trump, Italia con Meloni o Wilders en los Países Bajos), en primer lugar va el autoritarismo, la promesa de endurecer la ley, de perseguir el crimen y la subversión, etc. No en vano Milei, detractor del Estado en sus discursos, no ha

tenido sino parabienes para la policía argentina, que, junto al ejército, tiene un larguísimo historial de asesinatos a sus espaldas. Esta llamada al orden, banderín de enganche de la pequeña burguesía que reclama paz contra la tensión social que las recientes crisis capitalistas han hecho aflorar, es la consigna principal y a ella se supedita el resto. Es por eso que, como segunda del nuevo Gobierno y más allá de las soflamas «anarco capitalistas» Milei ha puesto a Victoria Villarruel, un elemento vinculado a la extrema derecha nacional y defensora de la dictadura de Videla. También en este sentido marcha la crítica a la «casta» que el nuevo gobierno lleva en su mismo programa: la idea de una reforma gubernamental que se base en el orden y en la mano dura es muy querida por esa pequeña burguesía que, aplastada por la gran burguesía y su Estado, fantasea con que son las tramas negras, las familias o los clanes políticos y no el implacable curso económico y social del capitalismo los que la destrozaron y reducen a la miseria.

En segundo lugar, las reformas económicas propuestas por Milei se encaminan en el sentido de liberalizar el sector público (especialmente YPF, aerolíneas y la televisión pública) como manera de contener el gasto. En esto, el mensaje se ha suavizado nada más llegar al poder: de los excesos verbales de la campaña se ha pasado al «primero sanear, luego vender» que perfectamente puede significar no vender nunca, porque a esa «casta» que se corresponde con la alta burguesía nacional quizá no le interese hacerlo. En cualquier caso, la larga cadena de privatizaciones a la que hemos asistido en los últimos cuarenta años en todos los países capitalistas muestra que estas suponen una cesión de aquellos sectores o empresas rentables al capital nacional o internacional sin que, a medio plazo, el gasto del Estado se haya reducido en términos globales. El Estado burgués es, desde su nacimiento, el principal agente en términos de propiedad, capacidad de intervenir en el mercado, etc. del capitalismo. El incremento sistemático del gasto público, del presupuesto que consume, es un hecho inapelable que se deriva de su necesidad de intervenir en cada faceta de la vida social en el mundo burgués y no existe ni existirá un gobierno capaz de evitarlo, ni en el supuesto caso de que lo quisiera... algo que nunca sucede.

Respecto a los ajustes financieros, encaminados a estabilizar la situación del peso frente al dólar para, desde ese momento, poder intervenir para paliar la

(sigue en pág. 14)

Movilización el 20 de diciembre en Argentina

Ni Milei, ni el peronismo, ni los sindicatos colaboracionistas ni la farsa parlamentaria. El único camino es la lucha de clase.

El próximo 20 de diciembre las principales organizaciones políticas y sindicales de la izquierda argentina han convocado una gran manifestación en la plaza de Mayo de la capital del país, Buenos Aires, para protestar por la aprobación del primer paquete de medidas del llamado « plan motosierra » del recién elegido gobierno de Milei, Caputo y Bullrich. La movilización, que integra tanto a diferentes corrientes sindicales nacionales, enucleadas en torno a CGT, como a las mayores asambleas piqueteras y a los partidos que conforman la coalición Frente de Izquierda (PTS, Partido Obrero, etc.), tiene como objetivo paralizar la ciudad durante todo el día y dar una muestra de la capacidad de la oposición parlamentaria y del mundo sindical de oponerse tanto a las me-

didias que se acaban de aprobar como a las que, sin duda, vendrán en un futuro inmediato.

El triunfo electoral de Milei se ha presentado, dentro y fuera del país, como la victoria de una corriente *anti-establishment* de derechas, como si una fuerza subterránea de descontento plebeyo, anti-izquierdista y anti-estatista hubiese emergido súbitamente para « poner en orden » el país y hacer volver a la Argentina al puesto de primera categoría en la jerarquía mundial que, según Milei, un día tuvo. Para ello y ya desde el momento en que el ahora presidente era un diputado de la oposición al gobierno de Alberto Fernández, se ha enarbolado un programa de reformas económicas drásticas encaminadas al control de la inflación, la dolarización del país e, in-

cluso, la supresión del Banco Central, todo ello envuelto en violentas consignas contra « la casta », el peronismo y también los sindicatos y la izquierda en general.

Pero en realidad el gobierno de Milei no tiene absolutamente nada de novedoso. De hecho ni siquiera puede ser considerado « el gobierno de Milei », porque no es otra cosa que una reagrupación detrás de la bandera de este histriónico personaje, de la vieja derecha encabezada por Macri y sus socios. En la práctica, las medidas económicas tomadas con esta primera *ley omnibus*, que afecta tanto a cuestiones monetarias como fiscales, no tiene absolutamente nada de heterodoxa: donde iba a tener lugar una

(sigue en pág. 15)

Argentina

(viene de la pág. 13)

inflación galopante que sufre el país, se les puede augurar un éxito relativo y temporal. Si bien las medidas de liberalización cambiaría (en Argentina hay varios tipos de cambio peso-dólar, con una diferencia de varios miles entre la oficial y la, mucho más realista, del mercado negro), incluyendo todos los ajustes necesarios encaminados a reducir las obligaciones del Estado que contribuyen a depreciar el peso, pueden tener el efecto deseado, la causa de la inflación en Argentina, que es un fenómeno crónico, está en la estructura productiva del país: la relativa ausencia de una industria nacional fuerza a importar casi todos los productos elaborados y obliga a depender, como contra parte, de las exportaciones agrícolas. Los ajustes fiscales y monetarios no van a modificar esa situación y la idea de que inaugurarán una especie de círculo virtuoso que incrementará la entrada de dólares al país y que esto supondrá un bálsamo para la situación que se vive será, en el mejor de los casos, una situación sumamente frágil y que se podrá revertir en cualquier momento.

¿Qué se puede esperar realmente de Milei y su gobierno? Los ajustes económicos se van a realizar **contra el proletariado** y contra la gran masa de población empobrecida que puebla la periferia del gran Buenos Aires y del resto de grandes ciudades del país. La « disciplina fiscal » va a significar, a medio plazo, grandes exigencias a la clase obrera, que verá como el gasto recortado es el de los miserables subsidios de los que

hoy malvive una buena parte de ella. Además, la reforma financiera va a encaminarse, sin duda, a la contención salarial, sobre la que se intentará contener la devaluación del peso y la inflación. Y si finalmente las reformas se encaminan hacia la dolarización de la economía, este descenso de los salarios será aún mayor porque se fijarán en dólares forzosamente a la baja.

A esta situación, tal y como prometió Milei en campaña, va a acompañar un endurecimiento de la represión contra los sectores organizados de la clase proletaria, aún cuando lo estén bajo la batuta de las organizaciones sindicales colaboracionistas o del peronismo. Piqueteros, huelguistas, obreros organizados en torno a cooperativas... estarán en el punto de mira continuo del nuevo gobierno que dará ejemplo con ellos para que sus medidas no sean respondidas por el resto de los proletarios. Mientras tanto, que nadie lo dude, la « casta » política, sindical, etc. permanecerá intacta, presta a tomar el relevo en el gobierno cuando Milei caiga.

El gobierno de Milei es otro jalón en un camino que en cierto modo comenzó en 2001, con las revueltas sociales causadas por la crisis económica y el corralito. Estas revueltas tuvieron un marcado carácter interclasista, por tanto confuso y falto de perspectiva (recuérdese la imagen del Congreso asaltado por una masa que llevaba la bandera nacional a la cabeza), pero en ellas pudo expresarse, si bien de manera muy limitada, un sector de la clase proletaria que tendía, instintivamente, a romper tanto con la dirección democrática de las revueltas como con las organizaciones tradicionales del sindicalismo oficial (CGT) y

con los partidos peronistas. Estas tendencias fueron rápidamente ahogadas tanto por el esfuerzo de la represión estatal como por la política de colaboración con la burguesía que desde la izquierda oficialista hasta la extrema izquierda trotskista impusieron. El *kirchnerismo*, forma especialmente aberrante de ese *socialismo del siglo XXI* que el oportunismo blandía en aquellos años, fue la salvación de una burguesía que no lograba, hasta entonces, mantener ni uno solo de sus gobiernos. Desde entonces, tanto la crisis estructural del país como la cada vez peor situación internacional, han ido desbrozando el camino para una salida como la que hoy propone Milei.

Los proletarios argentinos, para los que hoy se abre un periodo difícilísimo porque la burguesía ha pasado de la política del palo (cada vez más) y la zanahoria (cada vez menos) a la amenaza abierta, podrán sacar las lecciones de esta situación sólo si rompen con la terrible influencia que el nacionalismo y el democratismo ejercen sobre ellos a través de las organizaciones oportunistas políticas y sindicales. Si combaten contra la ofensiva burguesa no encuadrados en las organizaciones que hasta el día de hoy les controlan y que sólo garantizan la derrota ante cualquier exigencia por parte del enemigo, sino con sus propios medios y métodos, con su organización independiente sobre el terreno de la lucha inmediata, buscando romper no sólo con la inercia que en el momento actual les impide reaccionar sino con la gran fuerza que representa la contrarrevolución que domina desde hace décadas.

23 de noviembre de 2023

lucha contra la inflación que « no tocase al pueblo » (la frase es del propio Milei), hay medidas de devaluación salarial propiciadas por la devaluación del peso; donde se iba a bajar los impuestos, se han subido con el fin de facilitarles la tarea a los grandes exportadores; donde se iba a acabar con las prebendas de « la casta », tenemos una nacionalización parcial de la deuda privada empresarial. Y a todo ello le acompaña la supresión de los subsidios, como el del transporte del Gran Buenos Aires, o su reducción por efecto de la inflación.

Ninguna medida de las tomadas puede sorprender a nadie ni entenderse como una ruptura en el comportamiento típico de la burguesía y sus gestores políticos en los países que necesitan un ajuste económico. La única diferencia, y esto sí es algo a resaltar, es la contundencia con la que se quiere implantar las reformas. Todo el juego democrático, el show creado entorno a la figura de Milei, etc. busca lograr el apoyo (al menos temporal) de las clases pequeño burguesas que se van a ver afectadas por las medidas y a las que se dirige su retórica del ahorro, el sacrificio, etc. Con esto, con la movilización de tipo populista que pretende enganchar a las clases medias depauperadas por la crisis de los últimos años, se busca bloquear al proletariado, evitar cualquier tipo de respuesta mediante hundiendo su cabeza en la marea ascendente de la movilización nacionalista. Este es el verdadero poder de la democracia, del respeto al interés superior de la patria y del propio juego electoral que actúa como palanca para movilizar a los estratos sociales más abiertamente reaccionarios para imponer lo que en última instancia son los intereses de la alta burguesía financiera y de la oligarquía agraria del país. Milei hará lo que Macri quiso y no pudo hacer, y lo hará todo lo rápida y violentamente posible porque su única baza es aprovechar la fuerza de la movilización democrática que ha logrado en torno a su persona.

La clase obreras argentina, una de las más numerosas del continente y, también, una de las que más se ha empobrecido en las últimas décadas, tiene tras de sí una larga historia de revueltas y movilizaciones. Desde el Cordobazo de 1969 hasta los motines de 2001, pasando por la durísima represión sufrida a manos de la dictadura militar. Y es precisamente porque su historia de lucha (en las décadas recientes pero también en épocas pasadas, cuando los barrios obreros de Buenos Aires vieron crecer la fuerza de un gran proletariado inmigrado italiano y español) es larga

e intensa que las grandes corrientes de la izquierda burguesa, entre las cuales principalmente el peronismo en cualquiera de sus formas, y del sindicalismo de concertación, están tan desarrolladas y tienen esa influencia entre los proletarios: han sido las bazas de la burguesía nacional para contener, en la medida de lo posible, la lucha de clase.

Especialmente después de las revueltas de 2001, cuando apareció el movimiento piquetero, que expresaba la tendencia de los proletarios más pobres, de los desempleados y los trabajadores precarios, a luchar por sus propios medios contra la patronal y contra su Estado, se redobló la presión que las corrientes de la izquierda burguesa ejercían sobre los proletarios. Los gobiernos peronistas de la familia Kirchner (por lo demás una estructura mafiosa en toda regla) se subieron a la ola del « socialismo del siglo XXI » que partía de Venezuela y Bolivia para tratar de noquear a la clase trabajadora y hacerla abandonar el camino de la lucha clasista. La crisis económica de 2008-2013, que afectó duramente a un país que básicamente sobrevive de la exportación de materias primas y productos agrícolas, así como los desajustes posteriores en la estructura de la demanda internacional de productos como la soja, etc., dieron lugar a una situación económica que estructuralmente era imposible de solucionar y para la cual se aplicó todo tipo de recetas. Desde el estímulo a la demanda hasta los préstamos del FMI, ninguna fórmula ha dado resultado y la consecuencia es una inflación galopante y un aumento de la miseria entre la clase proletaria que no tiene parangón en los años recientes.

Es por esto que el proletariado argentino debe enfocar su rabia y su odio de clase, tanto al gobierno de Milei como a los partidos que le han precedido y a los sindicatos en los que se han apoyado. Debe romper con una tradición que no es de lucha, sino de colaboración con la burguesía, y que le ha traído a esta situación. Debe desterrar el mito de la patria, del interés superior del país que conforma la doctrina de todos los sindicatos y corrientes sindicales mayoritarios y que impide que la confrontación necesaria con la burguesía (con la patronal, con la verdadera casta política y empresarial, etc.) se plantee abiertamente. Debe romper, también, con las corrientes que pretenden que es desde el Parlamento desde donde se puede frenar la ofensiva burguesa, que la lucha electoral puede revertir la situación creada por los últimos gobiernos: son las urnas las que han creado toda la fuerza de que hoy dispone su enemi-

go de clase y así sucederá siempre porque el Parlamento es el órgano por excelencia de colaboración entre clases y por lo tanto de sumisión del proletariado a la burguesía.

La clase proletaria argentina tiene un largo camino de sufrimiento y miseria abriéndose ante ella. Si este camino le lleva a deshacerse de las ilusiones políticas y sindicales que le atan a la burguesía y sus aliados, si le lleva a reanudar la lucha de clase tanto sobre el terreno inmediato del enfrentamiento económico como en el más amplio de la lucha política por fines propios... entonces, bienvenido sea el reto que hoy le lanza la burguesía. Si la clase burguesa busca la guerra, el proletariado debe responder con la guerra, pero con la guerra de clase la única que puede darle alguna esperanza de victoria.

18 de diciembre de 2023

1973: Golpe de Estado en Chile: ¡Trágica experiencia que no debe olvidarse!

(Textos del partido N° 12, Septiembre de 2023, A5, 56 páginas, 2 €) - pdf

Sumario

- Hace 50 años el reformismo llevó al proletariado chileno al matadero (Agosto de 2023)
- Chile, a treinta años de distancia (Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003; «el programa comunista» n° 45, 2004)
- El carácter desastroso de la política de los Frentes Populares (Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003)
- Los errores que siempre cometeréis (Chile y la ilusión democrática) (Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003)
- La lección de la tragedia chilena (Folleto, «le prolétaire» n° 180, 1974)
- La vía pacífica es la vía del suicidio y conduce a la masacre de la clase obrera («le prolétaire» n° 157, 1973; «il programma comunista» n° 17, 1973)
- La «Unidad Popular» se arrastra ante la pequeña burguesía («le prolétaire» n° 139, 1972; «Il Programma Comunista» n° 22, 1972)
- Chile, ¿patria de las vías pacíficas del socialismo? («le prolétaire» n° 93, 1970)

-Anexos:

- Fuerza, violencia dictadura en la lucha de clase (Extractos) (Amadeo Bordiga, «Prometeo», 1946-1948)
- En Chile, una nueva bancarrota de las ilusiones democráticas pequeñoburguesas (Suplemento Venezuela n° 26 de «el programa comunista» n° 55, 2023)
- Pinochet: sacrificio del aliado de ayer en el altar del orden democrático burgués («le prolétaire» n° 449, 1999; «il comunista» n° 67, 1999)

24 de enero, huelga general en Argentina

El miércoles 24 de enero tendrá lugar una huelga general en Argentina convocada por los principales sindicatos y corrientes sindicales del país, la oposición peronista y de la extrema izquierda parlamentaria y un sinnúmero de organizaciones sociales, piqueteras, etc. El objetivo es impedir que la *ley omnibus* propuesta por el gobierno del recién elegido Milei pase por el Parlamento y la judicatura y se convierta en realidad.

Tras la victoria del histriónico candidato a finales del año pasado, Argentina parece que está en el foco de todas las miradas. Ante una crisis económica cuya principal característica es la inflación desbocada (pero que no es algo tan extraño en un país con sus características productivas) y el tono beligerante con que el partido *La Libertad Avanza* llegó al poder, desde todas partes se espera con atención el resultado de las medidas que se están poniendo en marcha. Pero la realidad, más allá del circo mediático que pueda generarse en torno a las salidas de tono del nuevo presidente, es que en Argentina se prepara un ajuste económico al uso, siguiendo los patrones básicos que durante los últimos años se han visto en cada caso de este tipo. Devaluación de la moneda para limitar el crecimiento de los salarios, rescate de la deuda privada, blindaje de los sectores exportadores del país, etc. etc. Nada que no se haya visto con anterioridad en cualquier país que, como Argentina, haya recibido ayudas de las entidades financieras internacionales y se vea en la obligación de devolverlas en medio de una situación turbulenta. Sobre esto no hay que llevarse a engaños: el «libertarismo» de Milei, los ataques a «la casta», los llamados a acabar con el Banco Central, son estridencias que emborronan la realidad: será la clase proletaria la que pague el ajuste y lo hará, como siempre, viendo deterioradas hasta el extremo y por tiempo indefinido sus condiciones de vida y de lucha.

La ley omnibus contra la que se convoca la huelga afecta a temas tan variados como el salarial, la regulación del espacio aéreo o la titularidad de la propiedad de los equipos de fútbol. Se trata de una especie de disparo a bocajarro, con toda la fuerza disponible en el momento, con el que se intenta aprovechar el momento de euforia y fortalecer posterior a las elecciones para imponer lo más rápido posible las medidas anti crisis. Por lo que parece la precipitación a la hora de diseñar la reforma legislativa ha hecho que se pueda estar vulnerando la propia Constitución y esto ha

llevado a que el poder judicial bloquee su aplicación. Ante esta paralización, el partido de la derecha tradicional, que dio a Milei forma y estructura después de que este ganase por sorpresa la primera vuelta de las elecciones y a través del cual la clase burguesa argentina, en un primer momento reacia a la llegada al poder del nuevo presidente, ha colocado en el gobierno a sus principales representantes, se ha aprestado a aceptar algunas reformas al texto legal, a suavizar algunos puntos, etc. Para ellos, para la clase social a la que representa y que ve en figuras como Macri o Bullrich la única alternativa ante la podredumbre absoluta que domina en el peronismo, no se trata de hacer una revolución: basta con ser capaces de utilizar la borrachera democrática que ha llevado al enésimo gobierno populista al poder para aplicar el que ha sido su programa de reformas habitual durante los últimos 50 años.

Para la izquierda tradicional, para las diferentes ramas peronistas y para el gran sindicato CGT, la paralización de la ley ha sido la excusa perfecta para contemporar con el gobierno. Para empezar, llamaron a una huelga general ¡el 24 de enero! Un mes después de la aprobación del decreto omnibus, dando con ello la garantía de que el único fin de la movilización era cubrir el expediente, justificar una oposición más ficticia que real y plegarse en definitiva ante las exigencias de la burguesía. Y para continuar, cifran todo el rechazo a la ley en sus defectos formales, en la posibilidad de que sea inconstitucional, etc. Es decir, dejan a la judicatura la potestad de aplicarla al menos en sus partes legales.

Finalmente, la extrema izquierda parlamentaria, de corte trotskista y representada por el Frente de Izquierda y de Trabajadores (coalición electoral formada por el Partido de los Trabajadores Socialistas, el Partido Obrero y la Izquierda Socialista), se colocan, como es habitual, detrás del peronismo y de la CGT, y se limitan a exigir a estos que hagan una «oposición real» a Milei, que encabezan las huelgas y las protestas, que se afanen en la vía legalista, etc. Durante los últimos veinte años el trotskismo ha mostrado, en Argentina, su inmensa capacidad... para desviar a los proletarios de los verdaderos objetivos, métodos y medios de la lucha de clase. No va a ser menos ahora.

Pero la realidad es sangrante para el proletariado de Argentina. La paralización temporal de la ley no parece ser otra cosa que una maniobra de dilación para evitar un choque demasiado brusco en-

tre el nuevo gobierno y la clase trabajadora que padecerá sus medidas. La burguesía, a través de su Estado, que incluye tanto al gobierno como al poder judicial o al Parlamento en el que está la oposición, trata de lograr un punto de equilibrio en el cual sus exigencias se impongan con fuerza pero se limen los aspectos más virulentos, logrando así reforzar la confianza en el propio Estado por parte de los proletarios y atenuar su protesta, que siempre podrá ser remitida por la oposición peronista y trotskista a un nuevo envite electoral, una nueva rogatoria judicial, etc.

Las medidas que exige la burguesía argentina e internacional se impondrán, sin duda. No existe oposición a estas ni en el Parlamento ni en los juzgados: todos los partidos burgueses saben que son imprescindibles para evitar que la crisis económica repercuta definitivamente sobre sus ganancias y la extrema izquierda será incapaz de romper con ellas. La tupida red de organizaciones sindicales y asociaciones piqueteras y sociales controladas por el peronismo y el trotskismo no van a plantar una batalla real contra las medidas anti obreras del gobierno: en Argentina más que en cualquier otro país de América Latina, el sindicalismo de concertación, que tiene como bandera la solidaridad interclasista al amparo del Estado burgués, paraliza al proletariado y tiene como función garantizar la paz social a cambio de participar en el desarrollo de políticas sociales, reparto de prebendas, etc.

En esta situación, los proletarios deben prepararse para un largo periodo de sacrificios y exigencias. Su única alternativa es ser capaces de salir de su letargo y presentar la batalla sobre el terreno de la defensa inmediata de sus condiciones de existencia. No pueden esperar nada ni de la oposición «de izquierdas» ni de las grandes organizaciones sindicales que juegan en favor de su enemigo de clase, pero, a la hora de la verdad, a la hora de aplicar la legislación anti obrera que la burguesía reclama a través de Milei, todavía poseen la fuerza que como clase les corresponde en los puestos de trabajo, en las empresas y en los barrios proletarios. Aún cuando toda la fuerza del enemigo, la abierta y la soterrada, vaya encaminada a hacerles aceptar su propia miseria, todavía pueden plantarle cara a través de la lucha de resistencia cotidiana contra la aplicación de cada una de las medidas que contiene el decreto.

¡Por la defensa intransigente de las condiciones de vida y lucha del proletariado!

¡Por la creación de organismos de resistencia económica capaces de afrontar la ofensiva de la clase burguesa!

¡Por el retorno de la lucha de clase!

22 de enero de 2024

El antisemitismo...

(viene de la pág. 12)

de los judíos (poco importa, al parecer, que el propio «mundo democrático» no hiciera nada en la época de la Segunda Guerra Mundial, sabiendo perfectamente lo que estaba ocurriendo) para impedir la manifestación de posiciones clasistas en torno a la cuestión palestina.

Tenemos pruebas directas de cómo el antifascismo vacío de la opinión pública puede utilizarse como arma de represión. De hecho, leemos en el diario *Il Manifesto* que el gobierno federal alemán, ante las impresionantes manifestaciones de apoyo al pueblo palestino, respondió en primer lugar con porras, en segundo lugar prohibiendo no sólo cualquier asamblea, sino también presentarse en las escuelas llevando el tradicional kufiya. El grupo periodístico *Bild* habría empezado a publicar, entre otras cosas, listas de supuestos amigos de Hamás (2). Se impide cualquier manifestación de disidencia contra una masacre sistemática de civiles como la que está teniendo lugar en Gaza, precisamente con el pretexto del antisemitismo: esto conduce a un cortocircuito fatal para los demócratas. En nombre de la democracia, se ven obligados a reprimir la disidencia. Todo esto puede parecer contradictorio sólo en términos de la creencia de que la democracia es fundamentalmente diferente del fascismo debido a su naturaleza de clase, lo que negamos enfáticamente. Como hemos dicho en otro lugar: *Negamos que la 'democracia' y el 'fascismo' correspondan a tipos diferentes de sociedad, vinculados a modos diferentes de vida y actividad social. Afirmamos que no son más que dos formas diferentes del Estado burgués, que garantizan, una tanto como la otra, la dominación del capital y su funcionamiento, pero en condiciones diferentes»*(3). *Lo que importa a la burguesía es el mantenimiento del dominio de clase, no los derechos y las libertades.*

Pero estas acusaciones de antisemitismo contra quienes, como nosotros, están horrorizados por la masacre están completamente fuera de lugar. Lo demuestran los hechos, mucho más que las palabras. Si de hecho todos los manifestantes que querían movilizarse contra la masacre de los palestinos (a menudo con posiciones nacionalistas burguesas, pero a veces con una comprensión parcial del problema social del imperialismo en su conjunto) estaban de hecho motivados por alguna forma críptica y encubierta de antisemitismo, ¿cómo puede ser posible lo que ocurrió en Washington?

Miles de judíos se movilaron, en respuesta a la situación palestina, para expresar su disconformidad ante las acciones criminales del sionismo, ocupando el Congreso y siendo detenidos tres centenares de ellos (4). Aparentemente, para la ideología democrático-burguesa, estos deben ser «judíos antisemitas». El absurdo de las afirmaciones antifascistas se demuestra una vez más, incluso más que en nuestras palabras, que venimos repitiendo desde hace décadas, en la realización de las mismas. Uno de los representantes de la manifestación, además, declaró *'no dejaremos que se manipule nuestro miedo al antisemitismo'*, enmarcando decisivamente cómo las campañas de la burguesía contra la disidencia política se combaten no sólo con detenciones, persecuciones y asesinatos, sino también tirando del manto ideológico burgués en un intento general de manipular a la opinión pública.

La burguesía puede seguir agitando sus malditas banderas (democracia, antifascismo, legalidad, colaboracionismo), engañando a aquellos que, en esta etapa de la historia, aún no han comprendido decisivamente cómo están las cosas. Nosotros, como Partido Comunista Internacional, por tanto antinacionalista, antidemocrático, clasista y proletario, continuaremos nuestro trabajo desenmascarando la naturaleza burguesa de las mentiras que la clase patronal intenta verter, hoy como hace cincuenta años, sobre el proletariado. Y el proletariado, oprimido por dos siglos y medio de dominación burguesa y cien años de colaboracionismo de clase, hoy todavía no se ha dado cuenta de cómo las calumnias de los propagandistas del capitalismo sólo se levantan para aumentar su desconfianza en sus propias fuerzas, en la única lucha que le conducirá a la emancipación, la lucha de clases. Y cuando la lucha de clases se reanude de manera general, el proletariado demostrará su valía no en los sofismas vacíos de la discusión democrática, sino en la acción revolucionaria concreta, en la insurrección general, en la certeza de sus objetivos históricos.

Para ello sigue siendo fundamental el papel del Partido, de la dictadura de clase, del marxismo revolucionario, que ha proporcionado y proporciona a la clase obrera lecciones temporales precisamente para la conquista de su poder. Esto también echará por tierra todas las imposturas que la burguesía ha compuesto para impedir su derrocamiento.

26 noviembre 2023

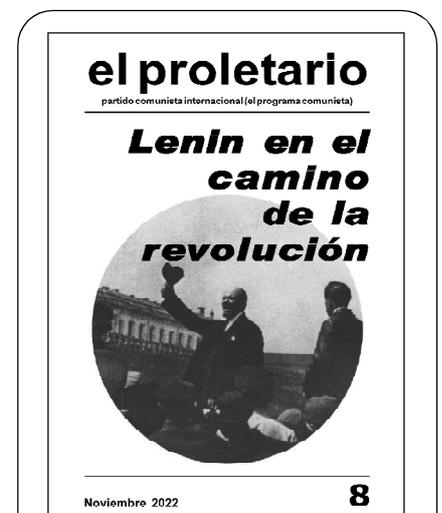
1) «*Auschwitz o la gran coartada*», publicado nel nº 11 del 1960 della nos-

tra rivista teorica *programme communiste*, republicado en *il comunista*, nº 13, julio de 1988 y en *El Programa Comunista* nº 45 de marzo de 2004; disponible en opúsculo de *Reprint il comunista*: «*Auschwitz: il grande alibi della democrazia*».

2) «*A Berlino tira una brutta aria*», *il Manifesto*, p. 4, 20 octubre 2023.

3) «*Ciò che noi neghiamo e ciò che noi affermiamo*», *il comunista*, n. 52, noviembre 1996; anche nel *Reprint «Auschwitz: il grande alibi della democrazia»*. Reproducido en *El Programa Comunista* nº 44 de mayo de 2001: *Auschwitz o la gran coartada: lo que nosotros negamos y lo que nosotros afirmamos*

4) «*USA, ebrei pacifisti invadono il Congresso, arrestati in 300*», *il Manifesto*, p. 5, 20 octubre 2023.



Lenin en el camino de la revolución

(Conferencia pronunciada por Amadeo Bordiga en la Casa del Popolo, Roma, 24 de febrero de 1924)

Textos del partido N° 8,
Noviembre de 2022, A5, 30 páginas.

Sumario

- Introducción
- Lenin en el camino de la revolución
 - El restaurador de la teoría marxista
 - El realizador de la política marxista
 - El pretendido oportunismo táctico de Lenin
 - Nuestras perspectivas futuras
 - Nuestras perspectivas futuras

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, nº 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).

¿Retornará la lucha?

(viene de la pág. 20)

nunca podrá ser un sistema armónico ni equilibrado, incluso en los (excepcionales) periodos de relativa prosperidad su norma es el conflicto y nunca logrará suprimir las tensiones que aparecen como consecuencia de que toda la riqueza y todo el bienestar que se alcanza en su seno se levanta sobre la explotación del proletariado, que conforma la gran mayoría de la población.

El segundo hecho fundamental que explica la ausencia de la lucha de clase del proletariado sobre el terreno inmediato es la existencia de la socialdemocracia y el estalinismo, representados por las corrientes socialistas y los partidos comunistas respectivamente, que tanto sobre el terreno político con una defensa cerrada de la democracia y la solidaridad nacional con la burguesía como sobre el terreno sindical con la integración de las organizaciones sindicales bajo su mando en el Estado burgués, garantizaron la paz social. Concretamente, estas organizaciones fueron las encargadas de mantener a la clase proletaria dentro de los límites que impone la política de colaboración entre clases a cambio del desarrollo de este «estado social» que emanaba de los inmensos beneficios empresariales. Toda la legislación social pasó por manos de socialdemócratas y estalinistas gracias a un pacto entre estos partidos y las organizaciones burguesas (partidos, plataformas patronales, etc.) encaminado a garantizar la paz social. Esta política integradora, colaboracionista, se financió también con el excedente de beneficios que permitía el auge económico. Y, de nuevo, no se trata de que la burguesía se volviese súbitamente una clase capaz de sortear las contradicciones que genera su modo de producción, sino de que tuvo los medios para atenuarlas. Su experiencia política, obtenida en la aniquilación del proletariado revolucionario de los años '20 y de las dictaduras fascistas del periodo posterior, le permitió orientar la colaboración con las organizaciones oportunistas, pero esto no hubiera servido de nada si la situación económica general no lo hubiese facilitado.

A esta explicación que nuestro partido ha dado y sobre la cual hemos desarrollado tanto nuestro trabajo po-

lítico como el esfuerzo por intervenir en cualquiera de las grietas que se abren continuamente en la sociedad burguesa, muy especialmente en el mundo del trabajo, y a través de las cuales siempre hemos tratado de vincular nuestra labor (teórica, política y organizativa) a la clase proletaria, se le opone en muchas ocasiones una objeción que aparentemente es muy simple y que vendría a poner en cuestión todo el desarrollo planteado hasta aquí. Aceptando que aproximadamente durante treinta años, desde el final de la Segunda Guerra Mundial y por lo tanto hasta la crisis económica de 1975, el periodo de bonanza económica descrito y la colusión de las clases burguesas con las corrientes socialdemócrata y estalinista hayan tenido el efecto paralizante sobre la clase proletaria del que hablamos, ¿por qué razón una vez acabó este ciclo de postguerra y de nuevo las crisis económicas jalonan con dureza la vida de todos los países no ha retornado la lucha de clase? Es más, se añade, hoy día, cuando se vive una situación mucho peor para los proletarios incluso en los países capitalistas más desarrollados que la que había durante las décadas de 1950, '60 o '70, probablemente la lucha de clase parece atravesar uno de sus momentos más bajos.

Es cierto que el fin de los llamados *treinta gloriosos*, que en España pueden reducirse a, como mucho, el periodo que va del '62 al '75, trajo una serie de movilizaciones obreras tanto en las fábricas y empresas como en los barrios proletarios, que parecían marcar el fin de la tónica abiertamente reaccionaria de las décadas anteriores. Pero no fue así. Estas luchas, sin negar la fuerza que llegaron a alcanzar, no lograron romper el bloque conformado por burgueses y oportunistas, no consiguieron hacer mella en esa coalición que sustentaba la política de colaboración entre clases y de paz social extendida por todos los países. De nuevo la trampa democrática articulada mediante la gran capacidad de los partidos estalinistas y socialdemócratas para hacer creer a la clase proletaria que sus exigencias podían plantearse atendiendo a la legalidad, a la participación electoral, etc. fue decisiva. El peso de la tradición contrarrevolucionaria, el prestigio que todavía mantenía el oportunismo político y sindical entre los proletarios, logró contenerlos dentro de los límites de la solidaridad entre clases.

La crisis económica que siguió al periodo de reconstrucción postbélica golpeó con fuerza al proletariado. El desempleo, los bajos salarios, además de otros fenómenos sociales asociados a una miseria renacida y cada vez más extendida, se volvieron corrientes especialmente entre los sectores más vulnerables de la clase obrera. Pero la respuesta que tuvo lugar por parte de esta se frenó antes de convertirse en una ofensiva de clase, en una ruptura de los marcos de la colaboración con la burguesía. Como decimos, ese fue el gran logro del oportunismo. Pero no fue mérito exclusivo suyo: de la misma manera que los *treinta gloriosos* estuvieron marcados por el frente unido de burgueses y oportunistas que se financiaba con el excedente de beneficio que daba la buena marcha económica, la disciplina impuesta a los proletarios por parte de socialdemócratas y estalinistas durante las crisis que se han sucedido desde la mitad de los años '70 también ha tenido un reverso económico. Si bien la situación general, como es visible para cualquiera, ya no permite que la clase burguesa mantenga en pie el inmenso aparato estatal dedicado a mantener los amortiguadores sociales desplegados con anterioridad, el dismantelamiento de este no se ha producido bruscamente, no se han liquidado de golpe todos los recursos del llamado «Estado del bienestar». Desde los años '80 la burguesía y las corrientes oportunistas que la apoyan vienen desarrollando una política de concesiones a determinados estratos proletarios mientras se permite que otros sufran en sus carnes las consecuencias de una caída sin paracaídas. Un ejemplo: en los sectores industriales dismantelados durante la llamada reconversión industrial, los proletarios con más antigüedad en el puesto de trabajo mantuvieron durante más tiempo su empleo y en muchas ocasiones accedieron a prejubilaciones o despidos en condiciones muy ventajosas. Mientras, los proletarios más jóvenes o recién llegados, sufrieron los cierres con todas sus consecuencias y sin apenas ninguna compensación. La burguesía, aliada aquí a unos sindicatos y partidos «obreros» completamente dispuestos a ayudarla a imponer sus políticas, prefirió incluso aumentar el volumen de gasto en esas prejubilaciones o en mantener puestos de trabajo que no le resultaban rentables con tal de dividir a los proletarios, manteniendo a determinados gru-

pos con ciertas ventajas mientras a otros les hacía sufrir todo el rigor de sus exigencias. Así lograba, por un lado, amortiguar económicamente el golpe al conjunto de la clase proletaria porque esos sectores que conservaron algunas ventajas ejercían de salvavidas para parte del resto, evitando que toda una familia fuese al paro, restringir drásticamente el consumo, etc. El gasto realizado en estas medidas resultó ser un ahorro para el futuro. Por otro lado, logró potenciar las divisiones entre proletarios, fragmentando todo lo posible en términos generacionales, de categoría, de raza, de sexo, etc. y rompiendo con ello el punto de partida común que debía tener una reacción proletaria. Finalmente, el oportunismo político y sindical, jugó un papel que tenía bien aprendido gestionando las prebendas que la burguesía ofrecía mientras se presentaba ante los sectores más aventajados como el garante de su situación. *Divide et impera*. Las mismas lecciones que la clase burguesa había aplicado durante el periodo de auge económico, le sirvieron para librar la batalla contra los proletarios cuando la situación empeoró y durante los últimos cuarenta años ha logrado, lenta pero inexorablemente, imponer unas condiciones de vida al proletariado muy duras pero sin que este haya sido capaz de reaccionar. La acción combinada con sus aliados oportunistas continúa dando sus frutos.

Lo expuesto hasta este punto no significa que la clase proletaria haya desaparecido completamente, sino que todavía se encuentra bajo el dominio casi total de la burguesía y el oportunismo, incluso cuando este ha visto sus fuerzas y su influencia entre los proletarios muy reducidas en comparación con lo que fue hace décadas. Significa, esto sí, que el proceso de agotamiento de esas reservas políticas y económicas con que cuenta la burguesía para garantizar su control social es lento, que incluso las crisis económicas más duras (la de 1974 o la de 2008) no bastan para agotarlo y que serán necesarios sobresaltos sociales más intensos para lograrlo.

Hoy el panorama general puede considerarse, aún, de dominio total de la burguesía si bien es evidente que la situación ya no es tan apacible como pudo serlo hace décadas. En el horizonte, por ejemplo, ya no apare-

ce la ilusión de un futuro armónico y sin sobresaltos y para las jóvenes generaciones de proletarios es complicado confiar en un retorno de los *buenos tiempos*... Una característica que será clave aún durante mucho tiempo es la presión que sobre el proletariado logran ejercer otras clases sociales. No sólo la burguesía que, evidentemente, detenta el poder y la mayor cuota de fuerza en el que es su mundo, sino también los estratos sociales intermedios, la pequeña burguesía y otras clases ni proletarias ni burguesas en un sentido estricto. Estas clases son portadoras de todas las ilusiones democráticas, legalistas o pacifistas posibles. Pero también de un gran descontento causado por el sufrimiento que les genera el propio sistema capitalista, que las presiona cada vez más cuanto peor es la situación económica. Es por eso que en muchas ocasiones aparecen junto al proletariado, como si mantuviesen unos intereses comunes con él, pero en realidad tratando de utilizarle como carne de cañón en defensa de sus propias exigencias. Sus partidos, organizaciones, etc. ocupan, en muchas ocasiones el lugar que la socialdemocracia y el estalinismo agotados han dejado vacío, pero lo hacen con una perspectiva idéntica a la que estos mantuvieron y que se basa en la defensa de la colaboración entre clases, la solidaridad nacional, etc.

Pero ni por sus objetivos históricos, ni por los medios ni por los métodos de lucha de que se valen podrán nunca asimilarse al proletariado. La reanudación de la lucha de clase, también sobre el terreno inmediato, tomará, inevitablemente, formas que implicarán la ruptura de los proletarios con estas clases sociales intermedias, que deslindarán el terreno que pertenece a cada clase. Es por eso que cuando hoy se trata de violentar una situación que todavía es sumamente desfavorable, incluso para las luchas por objetivos mínimos, haciendo pasar a estos estratos sociales no proletarios como portadores de una fuerza propia que puede sustituir a la del proletariado, se confunde tanto la naturaleza del enfrentamiento entre clases como los términos en los que este puede resurgir.

(1) Sin que esto suponga que, en muchos casos, la represión contra este tipo de organizaciones es igualmente salvaje.

¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido! ¡Suscríbanse!

- **II comunista** -
Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 5FS;
- **Le prolétaire** -
Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS.
- **Programa comunista** -
Revista teórica
Precio del ejemplar: 4 €; £ 3; 8FS;
América Latina: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.
- **El programa comunista** -
Revista teórica
Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8FS;
América Latina:US\$ 1,5; USA-CdnUS\$ 3
- **El proletario** -
Precio: Europa: 1,5 €; 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US \$ 2;
América Latina: US \$ 1'5
- **Proletarian** -
Suplemento en inglés al «de prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

«el programa comunista» Nº55, mayo 2022

- ¿Está terminando la emergencia del «Covid-19»? Lo que no termina es el control social cada vez más estricto
- Algunos puntos sobre la situación histórica que ha conducido también a la guerra ruso-ucraniana
- El movimiento D'Annunzio (A. Bordiga - 1924)
- La cuestión de la tierra a lo largo del desarrollo de la lucha de clase del proletariado español.

REVISTA TEÓRICA

Precio del ejemplar: 3 €.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

¿Retornará la lucha proletaria?

El largo periodo que va desde el triunfo de la contrarrevolución estalinista hasta el día de hoy se caracteriza por una marcada ausencia de la lucha proletaria del escenario social. Y esto no sólo sucede en el terreno político, aquel donde se desarrolla el enfrentamiento de la clase proletaria y la burguesa en el sentido estricto del término (un terreno que llega hasta la lucha por el poder y el ejercicio de la dictadura proletaria, pero que incluye cualquier lucha que interesa al proletariado como clase) sino también en el terreno de la lucha por la defensa de las condiciones de existencia, de vida y de lucha, de los proletarios. Nos referimos a la lucha económica (categoría más amplia, sin duda, que la meramente sindical) y a la posición independiente del proletariado respecto a las cuestiones que esta involucra: defensa del salario, de las condiciones laborales, de la salud en el puesto de trabajo... pero también de aquellas que van más allá del mundo estrictamente laboral y engloban la reproducción de la clase en cuanto tal: defensa de los trabajadores desempleados, de las condiciones de existencia en los barrios proletarios, etc. Porque también en lo que incumbe a esta lucha inmediata se puede decir que el proletariado no es capaz de mantener una posición de clase independiente, desvinculada de la burguesía en lo que se refiere a objetivos medios y métodos de la lucha.

Esta afirmación debe entenderse con todos los matices que implica. En primer lugar, la ausencia de la lucha de clase sobre el terreno inmediato es consecuencia de la derrota del proletariado sobre el terreno político. Concretamente, es consecuencia de la victoria de la contrarrevolución que, aliando en un frente único a la socialdemocracia, el estalinismo y las fuerzas explícitamente burguesas, aplastó la oleada revolucionaria abierta en 1917 con la toma bolchevique del poder, liquidó tanto las conquistas del Estado proletario ruso y, sobre todo, acabó con la organización de vanguardia de la clase proletaria internacional, con su fuerza política representada por la Internacional Comunista y los partidos adherentes a esta. Esta derrota no tuvo lugar únicamente en el terreno militar (si bien el esfuerzo bélico de

las principales potencias imperialistas durante la guerra civil rusa logró debilitar de manera decisiva al proletariado ruso, abanderado entonces de la ofensiva revolucionaria) sino, sobre todo, en aquel, mucho más insidioso, de la desviación de los objetivos comunistas de la lucha revolucionaria, de la falsificación del programa marxista y de la represión selectiva contra los destacamentos que defendían intransigentemente la doctrina revolucionaria de Marx, Engels y Lenin dentro de los partidos comunistas ruso y europeos. Sus consecuencias fueron, en primer lugar, la desaparición del Estado proletario ruso y, con él, del contingente proletario más decidido y firme que ha existido hasta el momento. En segundo lugar, el triunfo de la contrarrevolución burguesa abierta que, bajo la fórmula del fascismo y el nazismo, liquidó el potencial revolucionario de los proletarios alemanes e italianos. Y fue una vez logrado esto, una vez aniquilado políticamente el proletariado, que el terreno de la lucha económica quedó expedito para la burguesía. De la misma forma que la lucha de clase va de arriba hacia abajo, que aparece en su forma exquisitamente política y no como una lenta acumulación de fuerzas que colmen el plano sindical antes de pasar a la lucha «de partido», la represión, la contrarrevolución, liquidó primero el nervio central de la clase, que es su partido, la fuerza que garantiza la continuidad en el tiempo y en el espacio del programa comunista, para luego atacar a la clase en el terreno de la mera supervivencia económica. De hecho, mientras que al partido comunista la burguesía le ataca con toda la fuerza de la que es capaz, buscando su aniquilación no sólo política sino también física, a las organizaciones inmediatas del proletariado tiende más bien a anularlas cooptándolas o integrándolas en una alianza interclasista que si bien niega su independencia no esconde que existe un margen donde el conflicto entre proletarios y patronos es inevitable e incluso permisible hasta cierto punto. (1)

Tomando la contrarrevolución, en los términos en que acabamos de resumirla, como algo dado nuestro partido ha explicado la persistente ausen-

cia de la lucha de clase sobre el terreno económico partiendo de dos hechos básicos.

El primero es que tras la Segunda Guerra Mundial, concretamente tras el aluvión de dólares norteamericanos que permitió comenzar la reconstrucción de una Europa completamente destruida, el beneficio obtenido por las burguesías nacionales se mantuvo durante mucho tiempo tan elevado que fueron capaces de desarrollar amplios sistemas de «amortiguación social» con los que mejorar las condiciones de vida del proletariado. Comenzando con unos salarios notablemente mayores que aquellos que fueron comunes antes de la guerra y continuando con todos los planes de cobertura del desempleo, pensiones, inversión en educación y sanidad, etc. la clase burguesa demostró que había aprendido la lección que le dio el periodo de entre guerras y fue capaz de poner en pie un complejo sistema de garantías que elevaron al proletariado por encima de la miseria vital que había sido moneda común. Esto no quiere decir que, tras la Segunda Guerra Mundial, la burguesía se volviese educada e inteligente, que encontrase la verdad revelada para suprimir la lucha de clases y que la aplicase... No, simplemente significa que el largo ciclo alcista de los negocios le permitió poner en marcha unos planes que no eran nuevos en su cabeza pero que encontraron financiación gracias a los inmensos beneficios que la reconstrucción postbélica dejaba. Tampoco quiere decir que la miseria proletaria desapareciese súbitamente: las diferentes reconstrucciones nacionales, el desarrollo de una nueva industria a gran escala y toda esa próspera sociedad que hoy se idealiza, se realizó a costa de un inmenso sacrificio por parte de la clase proletaria que, si bien vio mejorar sus condiciones de vida (aún si muchos estratos obreros no lograron alcanzar nunca el tenor que hoy se dice que fue normal), continuó padeciendo la explotación en el puesto de trabajo, condiciones laborales insalubres, un gran desarraigo como consecuencia de los desplazamientos masivos del campo a la ciudad, etc. El capitalismo

(sigue en pág. 18)